

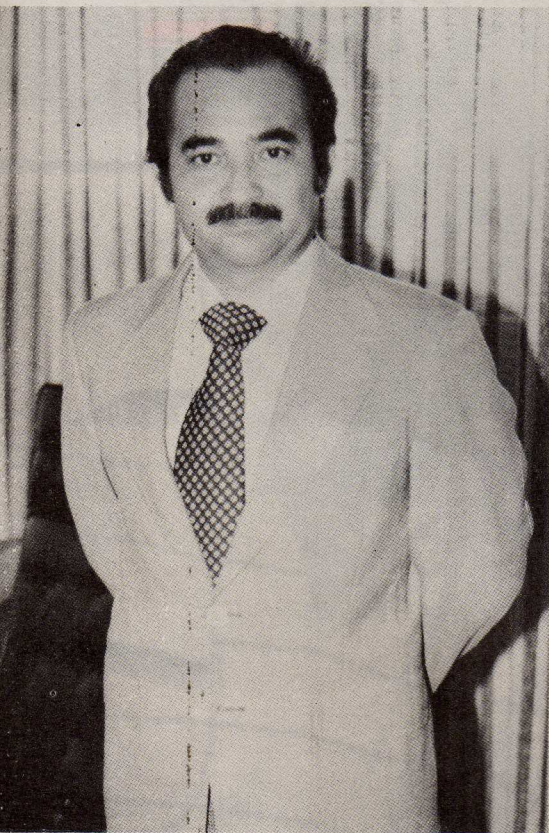
MAYO/JUNIO 1982

Vino Nuevo



COMO TRATAR LOS DESACUERDOS

editorial



Los problemas más profundos que sufre el Cuerpo de Cristo son causados por los mismos cristianos que lo constituyen.

La táctica de dividir para conquistar ha sido bien empleada por las fuerzas que intentan impedir que la Iglesia cumpla con su cometido en el mundo. A menudo, Dios tiene que enviar a su Iglesia una crisis tras otra para hacer que esta se junte y unida derrote a sus enemigos. Pero los cristianos nunca parecemos aprender la lección. Nos enfocamos tanto en nuestras diferencias que no logramos ver todas las cosas positivas que ya tenemos en común y que nos unen; hasta las luchas "unidas" se vuelven muchas veces, motivo de disensión. Todos tenemos nuestra propia interpretación de cómo se deben hacer las cosas y ninguno está dispuesto a sacrificar su preferencia personal en aras de

una voluntad más amplia que la suya.

En ocasiones creemos ver cierta unidad de grupos en determinadas localidades, pero cuando nos acercamos un poco para descubrir a qué se debe, nos enteramos que las demandas hechas para funcionar como un cuerpo son mínimas y que la unidad se mantiene únicamente mientras se logran beneficios personales. Nos recuerda a las tribus de Jacob cuando Dios oyó el clamor individual de cada uno de ellos por la opresión en que se encontraban. Dios les dijo que los iba a sacar de la crisis, pero que quería que fueran *un solo* pueblo y que sólo unidos entrarían en Canaán. Todos sabemos que fue relativamente fácil sacarlos de Egipto. Aún el incidente en el Mar Rojo, cuando creyeron que habían caído en una trampa y murmuraron contra Moisés, no fue nada comparado con todo lo que se atrevieron a hacer y decir contra el hombre de Dios y contra Dios mismo.

Los verdaderos problemas vinieron cuando Dios quiso darles un propósito más grande que su egoísmo. Separados en familias y en tribus jamás lograrían alcanzarlo. Si se unían en una nación, Dios haría de ellos un ejemplo entre todas las otras naciones de la tierra y todos los hombres glorificarían a Dios. Israel se convertiría en el brazo de Dios en la tierra. La voluntad suya sería hecha también entre los hombres. Habría un pueblo que actuaría tan unido como un cuerpo. Pero era más fácil dejar el sufrimiento y la opresión que entrar en ese cuerpo y sacrificar las preferencias personales.

El propósito de Dios para la Iglesia es el mismo. Dios quiere que seamos su Cuerpo en la tierra; el ejecutor de su voluntad entre los hombres; el reflejo de su gloria en el mundo; la expresión visible de sus atributos invisibles. Que cuando la gente nos pida: "Muéstranos a Dios y creeremos", nosotros podamos decir como Jesucristo: "El que

nos ha visto a nosotros (todos unidos como un cuerpo), ha visto a Dios. Vengan y les mostraremos la casa del Señor."

¿Cómo vamos a alcanzar el propósito de Dios? Tenemos que comenzar pidiéndole al Señor que nos abra nuestros ojos para ver la realidad espiritual de su Cuerpo. Nadie que haya visto aunque sea sus espaldas permanecerá igual y haciendo las mismas cosas. Moisés fue transformado en un hombre decidido y lleno de valor a pesar de haber sido tímido y temeroso.

También es necesario comenzar a trabajar en nuestras propias congregaciones para que estas funcionen como expresiones del Cuerpo de Cristo más grande (no digo universal porque muchos nos perdemos en la grandeza del universo y después nos cuesta concretar nuestra visión en algo tangible, práctico y accesible a nosotros). Su congregación tiene que funcionar como parte de un todo y este todo sobrepasa los límites de su grupo, su ciudad, su país, su organización, etc.

Enseñe a los miembros de su congregación a relacionarse entre sí; no como miembros tradicionales de organizaciones, sino como lo que son: miembros del Cuerpo de Cristo en su localidad. Esto demandará que prestemos más atención a los mandamientos de Dios que tienen que ver con las relaciones nuestras. Ignorar estas reglas es hacer daño a su Cuerpo. Tenemos que aprender a enfrentar los desacuerdos entre sus miembros y llevarlos a una solución saludable para evitar que estos problemas impidan o limiten la libre operación de la voluntad de Dios en y por medio de todos los que integramos su Cuerpo. Que ninguno viva para sí, "sino para aquél que murió y resucitó por ellos."

Hugo M. Zelaya
Director

contenido

- 4** Desacuerdos entre esposos
Dick Leggatt
- 11** Juzgar o no juzgar
Derek Prince
- 18** El otro lado del río
Don Basham
- 24** La Maduración de la Verdad
Bob Mumford

DIRECTOR: *Hugo M. Zelaya*
EDITOR: *Noé Martínez Q.*
ADMINISTRADOR: *Guyon H. Massey*

SUSCRIPCIONES: *Andrés Villavicencio.*

CIRCULACION: *Emilio García*
VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica.

© Copyright 1982
Derechos Reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión "La Biblia de las Américas", The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody. De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960.

Vino Nuevo

MAYO/JUNIO 1982 VOL. 4 No. 7



DESACUERDOS ENTRE ESPOSOS

por Dick Leggatt

Poco tiempo después de haber conocido a una pareja, que es ahora amiga nuestra, nos sorprendieron con una declaración con respecto a que en todos sus años de casados nunca habían tenido disputas entre ellos. Como mi esposa Cindi y yo sí hemos tenido nuestra buena porción de desacuerdos, comenzamos a observarlos con mucha atención cada vez que nos reuníamos socialmente para ver cuál era su secreto. Días más tarde, íbamos juntos con ellos en el auto cuando se toparon con una diferencia de opinión, y descubrimos que su "secreto" era sólo asunto de semántica.

Su discusión fue algo así como lo que sigue:

MARIDO (con sentimiento): "*Querida*, así no fue como pasó."

ESPOSA (con expresión): "Sí, así fue exactamente como sucedió, *Queridísimo*."

MARIDO (entre dientes ligeramente apretados): "*Amor*, realmente estás muy equivocada."

No había modo de que mi esposa y yo pudiéramos salirnos para evitar oír lo que estaba sucediendo, así que nos ocupamos en hacer tareas tan importantes como limpiar la peluza del asiento, contar los anuncios en la carretera o silbar alguna

tonada, haciendo todo lo posible para desaparecer entre los pliegues de la tapicería y no pecar de intrusos en ese difícil momento. A lo que ellos llamarían una "diferencia de opinión", nosotros la hubiéramos reconocido como una discusión sencillamente. Fue un gran alivio para nosotros descubrir que no éramos tan anormales. Todas las parejas de casados tienen momentos similares.

Llámesele una discusión, un pequeño desacuerdo, una diferencia de opinión, el hecho es que la gente discrepa ocasionalmente, y que la solución de ese desacuerdo tiene que resolverse verbalmente. Es parte de la vida cotidiana y particularmente cierto en esa de la más intrincada de las relaciones que se llama el matrimonio.

Yo no soy ningún experto en el área de la comunicación en el matrimonio. A través de los años mi puntaje de éxito y fracasos en este asunto sería probablemente de 50-50. Pero lo que he observado en el contacto con los demás, en el estudio privado y la experiencia personal es que los desacuerdos periódicos son una parte inevitable y *normal* en el matrimonio. Es como el tornillo con la tuerca en el "los dos serán una sola carne." No es sorprendente que ocurra alguna fricción ocasional dentro del proceso que hace que dos volunta-

DESACUERDOS ENTRE ESPOSOS

por Dick Leggatt

Poco tiempo después de haber conocido a una pareja, que es ahora amiga nuestra, nos sorprendieron con una declaración con respecto a que en todos sus años de casados nunca habían tenido disputas entre ellos. Como mi esposa Cindi y yo sí hemos tenido nuestra buena porción de desacuerdos, comenzamos a observarlos con mucha atención cada vez que nos reuníamos socialmente para ver cuál era su secreto. Días más tarde, íbamos juntos con ellos en el auto cuando se toparon con una diferencia de opinión, y descubrimos que su "secreto" era sólo asunto de semántica.

Su discusión fue algo así como lo que sigue:

MARIDO (con sentimiento): "*Querida*, así no fue como pasó."

ESPOSA (con expresión): "Sí, así fue exactamente como sucedió, *Queridísimo*."

MARIDO (entre dientes ligeramente apretados): "*Amor*, realmente estás muy equivocada."

No había modo de que mi esposa y yo pudiéramos salirnos para evitar oír lo que estaba sucediendo, así que nos ocupamos en hacer tareas tan importantes como limpiar la peluza del asiento, contar los anuncios en la carretera o silbar alguna

tonada, haciendo todo lo posible para desaparecer entre los pliegues de la tapicería y no pecar de intrusos en ese difícil momento. A lo que ellos llamarían una "diferencia de opinión", nosotros la hubiéramos reconocido como una discusión sencillamente. Fue un gran alivio para nosotros descubrir que no éramos tan anormales. Todas las parejas de casados tienen momentos similares.

Llámesele una discusión, un pequeño desacuerdo, una diferencia de opinión, el hecho es que la gente discrepa ocasionalmente, y que la solución de ese desacuerdo tiene que resolverse verbalmente. Es parte de la vida cotidiana y particularmente cierto en esa de la más intrincada de las relaciones que se llama el matrimonio.

Yo no soy ningún experto en el área de la comunicación en el matrimonio. A través de los años mi puntaje de éxito y fracasos en este asunto sería probablemente de 50-50. Pero lo que he observado en el contacto con los demás, en el estudio privado y la experiencia personal es que los desacuerdos periódicos son una parte inevitable y *normal* en el matrimonio. Es como el tornillo con la tuerca en el "los dos serán una sola carne." No es sorprendente que ocurra alguna fricción ocasional dentro del proceso que hace que dos volunta-

des individuales únicas se lleguen a convertir en una. En este artículo, quiero explorar algunas razones y remedios para esa fricción y sugerir alguna guía práctica para que nuestra comunicación en el matrimonio tenga éxito, particularmente en los tiempos de desacuerdo.

La mala comunicación en el matrimonio, especialmente en las discusiones que no se manejan bien, ha causado grandes estragos en la familia. Las discusiones y las confrontaciones, no importa lo leves que sean, involucran factores de stress y tensión, y en ese ambiente, las palabras sin control pueden cortar y herir devastadoramente, tirando de las fibras hasta de un buen matrimonio. Proverbios 18:21 dice: "La muerte y la vida están en poder de la lengua." La muerte de muchos matrimonios, básicamente buenos, ha sido consecuencia de una lengua sin freno. Por eso queremos darle algunos consejos que puedan ayudarlo a someter lo que diga durante el calor emocional y la tensión de una confrontación con su cónyuge.

SIETE COSAS QUE DEBE EVITAR DECIR

Las maneras en que los esposos se atacan verbalmente el uno al otro son probablemente innumerables. Pero, además de las expresiones obvias que se deben evitar, hay siete que quiero señalar porque son muy sutiles, pero devastadoras en sus implicaciones y efecto.

1

"Tú nunca haces lo que te digo."

Evite usar la palabra "nunca." En primer lugar, es terriblemente inexacta. "Nunca" significa que su cónyuge no ha hecho ni una sola vez, lo que le es requerido. La reacción más frecuente a tal inexactitud es que la parte ofendida se ponga a la defensiva y trate de justificarse a sí misma, lo que la cegará, a él o a ella, con relación al punto que usted está tratando de comunicar. "Nunca" es una exageración que se derrota a sí misma.

Además de inexacta, la palabra "nunca" es totalmente desalentadora. Lo que le está diciendo a su cónyuge es que él o ella es un absoluto fracaso y que jamás ha hecho bien una sola cosa. Tam-

bién comunica que todo intento para satisfacerlo, carece de significado para usted y no cuenta para nada. Eso es suficiente para que cualquiera desista de seguir intentándolo. De manera que *nunca* use la palabra "nunca."

2

"¡Eres igual que tu madre (o padre)!"

Esta exclamación no parece ser tan dañina en la superficie, pero lleva ciertas implicaciones que la hacen arder realmente. Primero, es una manera sutil de criticar a los padres de su cónyuge. No se dice para sobresaltar las cualidades positivas de ellos, sino más bien las negativas que de todas maneras su compañero(a) no desea tener. Los padres pasan a sus hijos no sólo las cualidades buenas, sino también las malas; las que los hijos resentían cuando estaban creciendo. Segundo, señalar esas características es un golpe bajo porque su compañero(a) no escogió a sus padres ni su aporte negativo con el que probablemente lucha para vencer. No es sabio hacer que alguien se sienta responsable por algo que no hizo o que no puede alterar. Es como poner una marca sobre su cónyuge que diga: "No hay esperanza: jamás cambiarás."

3

"Estás mal entendiendo lo que digo."

Esta exclamación es sumamente sutil. En verdad, lo es tanto, que me llevó tres años comprender por qué mi esposa se sentía tan herida cuando la decía. Finalmente, ella me hizo una pregunta que me abrió los ojos. Me dijo: "¿Será posible que el problema sea que no estás hablando con claridad?" La implicación es que como yo estoy comunicando perfectamente, la falta tiene que ser tuya. Ninguno de nosotros es un comunicador perfecto; pero eso es lo que reclamamos ser cuando decimos: "Me estás malentendiendo."

Es mucho mejor decir: "Tal vez no lo estoy diciendo con suficiente claridad", tomando la responsabilidad y permitiendo que su compañero(a) no sienta que toda la culpa es de ella o de él y así se elimina otra barrera en la comunicación.

4

“¡Ya no lo soporto más!”

En momentos de crisis, declaraciones melodramáticas como ésta, salen de la boca. Pero el melodrama puede ser un enemigo para solucionar los asuntos complicados. Estas frases pueden convertirse en un escape ilegal para no encarar plenamente las dificultades.

Es difícil justificar esta actitud desde un punto de vista bíblico. Dios nos sitúa a veces en situaciones difíciles y dolorosas y nos ordena a *perseverar*. La amonestación de Pablo en Hechos 14:22 a los discípulos de Antioquía de que “a través de muchas tribulaciones hemos de entrar al reino de Dios”, se aplica igualmente a la vida cotidiana y particularmente en el matrimonio. Nuestra respuesta al dolor y a la dificultad en el matrimonio no debe ser de escapar cuando las cosas se vuelven duras, sino más bien de soportar.

5

“La culpa es toda tuya.”

Esta es una área donde Cindi y yo hemos tenido que batallar duro. Por medio de la manipulación y el dominio verbal, yo trataba de salir irremprochable en los desacuerdos y problemas. Sólo que eso dejaba a Cindi como la única culpable. Debido a que las mujeres son más susceptibles a la culpa que los hombres, uno de los métodos que los hombres usamos para “ganar” un argumento es haciendo que la esposa se sienta culpable. Sin embargo, nadie gana realmente, porque el marido pierde cuando no encara su propia responsabilidad y la esposa languidece bajo una carga insoportable de culpa. Los efectos a larga distancia de estas tácticas son demasiados costosos para cualquier matrimonio.

Santiago 5:16 dice: “Confesaos vuestros pecados unos a otros, y orad unos por otros para que seáis sanados.” Cuando el hombre admite su culpa, eso permite que la sanidad venga a ambos y libera a la esposa de la carga que su marido le impondría si no lo hiciera.

Un comentario más: cuando las cosas no andan

bien, a menudo *no es por culpa de nadie*. . . de manera que esta no debiera de aceptarse o asignarse.

6

“No quiero hablar de eso.”

Esto es muy peligroso en el matrimonio, porque cuando la comunicación se corta, las avenidas de la reconciliación son bloqueadas. Aunque las palabras que se intercambien sean de enojo, son preferibles a que no haya palabras del todo.

El tratamiento silencioso, una de las armas más comunes en el matrimonio, nunca soluciona nada. Resignarse a guardar silencio es una invitación para que la amargura se arraigue en ambos. El silencio permite que las heridas se alimenten sin restricciones con toda la evidencia contra el marido o la esposa. Yo estoy convencido que ese silencio es un pecado que demanda arrepentimiento para que la comunicación sea restaurada.

7

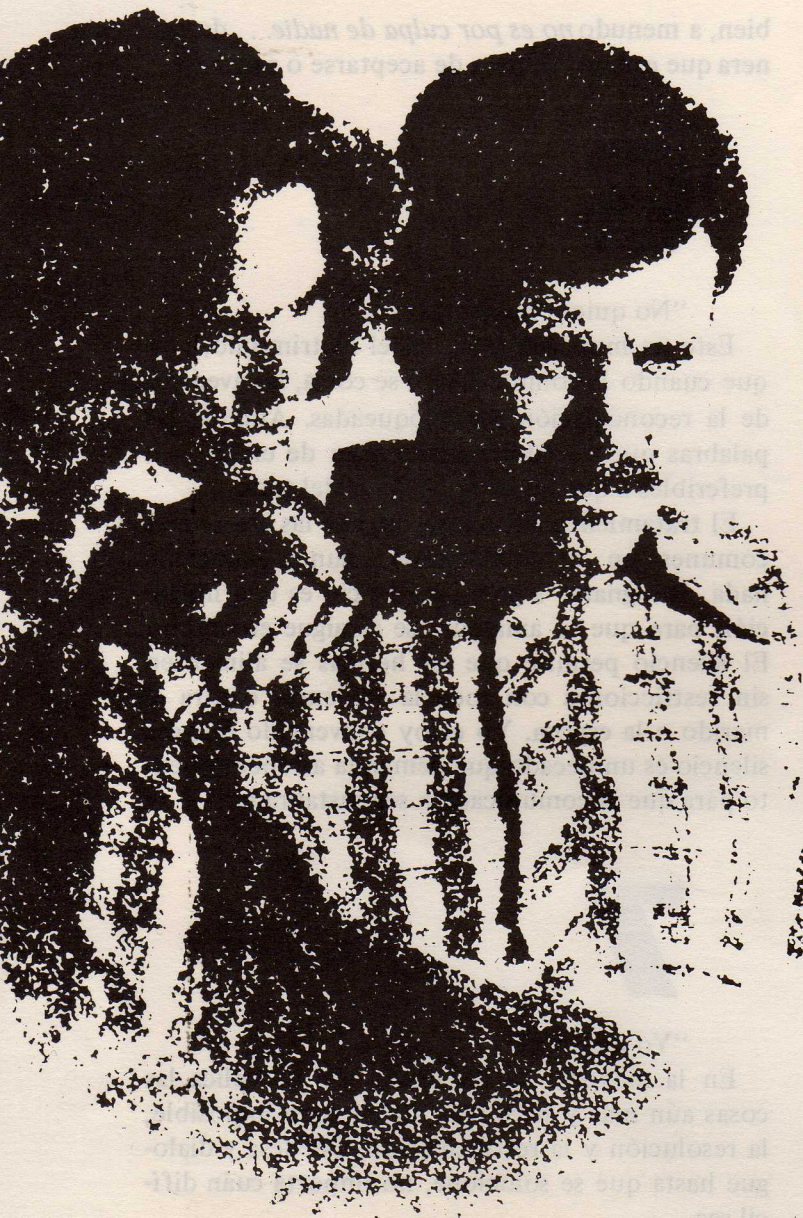
“Yo me voy.”

En la mayoría de los casos, irse complica las cosas aún más y hace más difícil, sino imposible, la resolución y la reconciliación. Quédese y dialogue hasta que se solucione, no importa cuán difícil sea..

MANTENIENDO LAS COSAS BAJO CONTROL

Las siguientes son unas pocas sugerencias generales para mantener la comunicación bajo control en cualquiera discusión difícil con su marido o su esposa.

- 1) Decida desde el principio a permanecer abierto a lo que su compañero(a) tenga que decir, con la disposición de admitir errores legítimos de su parte. Deje que sus motivos sean descubrir la verdad, y no ganar la discusión.
- 2) Decídase a oír a su esposo(a) sin interrumpir o perder los estribos cuando él o ella toque un nervio sensitivo.
- 3) Ore y póngase su armadura espiritual. Re-



cuerde que es el diablo quien atiza el fuego y quien instiga a la desarmonía.

4) Decida que no va a herir a su marido o a su esposa. Nadie sabe herirlo(a) como usted. Usted conoce todos sus puntos vulnerables y sensitivos. Hágase la promesa de que no importe lo que pase, usted no usará como arma contra él o ella, esa pequeña y preciosa información que él o ella compartió con usted para tirársela en la cara.

5) Dispóngase a ser una especie de botadero para su esposo(a). Sepa que hay veces cuando debe permitir que él o ella vuelque toda la basura y el dolor que se han acumulado adentro *sin* desquitarse, corregir, ajustar, o sermonear.

6) Apéguese al asunto más importante y trate un asunto a la vez. Evite salirse del tema principal

y caer en puntos menores o en algo que ya es historia.

7) Evite el sarcasmo y los chistes hasta que el desacuerdo esté resuelto. El sarcasmo lo único que produce es inflamar la discusión. En raras ocasiones, el chiste servirá para romper la tensión y quitar cierta presión. A menudo, cuando me irrito, Cindi me pregunta: "¿Ayudaría en algo si pongo una cara chistosa?" A veces lo hace y rompe la tensión; otras veces me enciende aún más.

Cuando vengan las resoluciones, permita que haya una acción positiva inmediata para fortalecer la reconciliación. Un perdón sincero y saludable debe ser expresado con muchos abrazos. Este tiempo de reconciliación es especialmente importante para los niños. Si han visto el comienzo de las tensiones y se han dado cuenta de que mamá y papá han tenido un desacuerdo (ojalá que no hayan tenido que ser espectadores de todo el proceso), permítales ser parte también del lado positivo: el de la reconciliación. Deje que compartan los abrazos y oigan el perdón. Les inculcará la seguridad, la realidad y la esperanza de que no importa lo difícil que se pongan las cosas, un amor de pacto da lugar a que éstas se resuelvan. Cuando ellos vean la realidad del proceso completo: el problema, la necesidad de la comunicación para resolverlo, y la reconciliación, les ayudará a tratar realísimamente los conflictos en sus propios matrimonios.

Una última dirección para resolver disputas. Si la reconciliación les alude y la situación se vuelve gradualmente peor, *pida ayuda*. Aquí el cuidado pastoral hará la diferencia. Si más parejas tuvieran a alguien estable y de confianza a quien pudieran recurrir, no importa la hora o la circunstancia, para que les diera consejo responsable, una perspectiva objetiva y su propia experiencia personal, muchos matrimonios serían salvados del desastre.

FUNDAMENTOS PARA LA BUENA COMUNICACION EN EL MATRIMONIO

Cindi y yo habíamos estado casados apenas cuatro meses y ya habíamos experimentado los desacuerdos típicos del primer año de matrimonio, pero caímos sobre una piedra fundamental que puso un buen cimiento en nuestra relación. En nuestros desacuerdos, ambos decíamos cosas que en realidad no queríamos decir y que más tarde

nos dolía haberlas pronunciado. Durante uno de esos intercambios poco bondadosos, Dios quitó el velo de nuestros ojos para que nos diéramos cuenta de lo que nos estábamos haciendo mutuamente. En forma simultánea, tuvimos ambos el mismo pensamiento. Cindi fue la primera en expresarlo, de esta manera: "Aquí estoy, lastimándote. . . y eres la persona a quien no quiero herir. . ." Yo respondí: "Tampoco yo quiero hacerte daño."

Una verdad sencilla, tal vez elemental, pero fue algo profundo que sirvió para dar solidez a nuestro fundamento.

Permítame ofrecerle otras cinco piedras fundamentales para que haya una buena comunicación en el matrimonio y los compromisos verbales que deben acompañarlas.

1) CONFIANZA: "Prometo no hacerte daño."

Este es el fruto de lo que he descrito arriba. Es posible darse cuenta en un momento de la necesidad de tenerse confianza mutua, pero lleva tiempo establecerla. Las palabras se dicen con mucha facilidad, pero la verdadera confianza en el matrimonio se desarrolla cuando se guardan las promesas.

Sin embargo, la confianza es también un acto de fe. Significa hacerse vulnerable uno para el otro, aunque no se esté seguro que se está completamente, a salvo cuando se hace. Vulnerabilidad significa compartir con su compañero(a) ese secreto precioso, esperanza o deseo, esos temores o debilidades profundas que nos persiguen, creyendo que la información jamás será usada en su contra como una arma. Se requiere fe abrirse de esa manera, especialmente cuando la experiencia ha sido amarga en el pasado. Sin embargo, es un paso de fe que Dios honrará.

La confianza es una de las piedras principales en el fundamento del matrimonio.

2) RESPETO Y APROBACION: "Tú eres importante para mí."

He colocado el respeto antes que el amor, porque es muy posible amar a alguien sin respetarlo. La evidencia es la manera de comportarse y hablar con su compañero(a). La manera de actuar en relación con él o ella, si lo honra, si es cortés, considerado, atento y le da preferencia, es un barómetro de su respeto por él.

La aprobación es la expresión verbal del respeto. Nuestra comunicación en el matrimonio debiera estar colmada de frases como estas: "¡Hiciste un gran trabajo!", "Eres una excelente cocine-

ra", "Estoy orgulloso de lo que hiciste", "Me alegro de haberme casado contigo."

Muchas veces creemos que basta con decir: "Te amo." Pero una vez fui sorprendido por Cindi cuando a mi "te amo" ella me preguntó inocentemente: "¿Por qué?" Después que hube recobrado el habla, comencé a enumerar las cualidades por las que la amaba, y me di cuenta que así expresaba mi aprobación de ella. Ella necesitaba oírlo y yo decirlo para darle peso a mi "te amo."

No es suficiente *sentir* respeto y aprobación por su compañero(a); es necesario que lo *demuestre* y lo *diga*.

3) AMOR: "Te amo, tal y como eres."

El amor implica aceptación y redención. La naturaleza del amor de Dios es que él nos ama y nos acepta tal y como somos. No obstante, su amor nos atrae redentivamente y nos saca del pecado para darnos salvación. El amor en el matrimonio debe tener las mismas características. Debe tratarse de amar al cónyuge sin condiciones, tal y como es, con todo y puntos ásperos. Sin disimulo; no tiene que cambiar o alcanzar mi expectativa de lo que debe ser para amarle. La paradoja es que esta clase de amor incondicional es el que le motiva para superar sus faltas y debilidades. Esa es la cualidad redentiva del amor.

En la comunicación verbal del amor, nunca se llega a gastar la frase: "Te amo", ni las expresiones de su aceptación abierta.

4) SACRIFICIO PERSONAL: "Tus necesidades son más importantes que las mías."

Voy a explicar esto con una ilustración. Cuando yo regreso a casa después de una conferencia o de un viaje, lo que *yo* quiero es sentarme calladamente y reposar. Aunque Cindi no me presiona para hacer lo contrario, yo sé que ella quiere oír detalles de la excursión: *todos* los detalles.

Necesito hacer un gran esfuerzo para salir de mi silencio y entablar conversación con ella para *su* satisfacción y para *su* beneficio. Aunque todo lo que quiera decir es: "Cariño, fue una gran conferencia. Hubo gran bendición. Disfruté bastante. Fin del mensaje." El sacrificio personal en la comunicación demanda mucho más que eso. Sus necesidades son más importantes que las mías.

5) PERDON: "Borrón y cuenta nueva."

Se requiere madurez y grandeza de corazón para perdonar los errores, olvidarlos y *nunca volverlos a resucitar*. Ese es el aliento de vida en el matrimonio.

6) SINCERIDAD (con moderación): "Me sien-

to exactamente así.”

Por lo general, se va a los extremos. O se esconden las emociones bajo amenidades corteses que niegan los verdaderos sentimientos, o se explota en un ataque brutal de palabras sin freno inflamadas por emociones feroces. La meta es aprender a ser veraces sin rodeos, sin ser insensibles o innecesariamente bruscos. Sinceridad equilibrada.

7) PACTO: “Lo que se requiera.”

Esta es la piedra más importante del fundamento. Nuestra sociedad está perdiendo con rapidez su capacidad de hacer compromisos duraderos, y por ende, entrar en un pacto. Los matrimonios sobreviven hasta que las cosas se vuelven difíciles y entonces la sociedad se disuelve. El dicho se ha popularizado que “si no es fácil, no me pidas que lo haga.”

Los votos en el pacto lo dicen todo: “para afrontar las circunstancias que se presenten, sea en riqueza o en pobreza, para gozo o tristeza, para salud o enfermedad, en todo lo que la vida da y en todo lo que quita. . . hasta que la muerte nos separe.” El pacto demanda un compromiso incondicional: “No importa lo difícil que se pongan las cosas, juntos haremos lo que se requiera.” Podría

ser que en los años venideros, esa cualidad sola, sea la que distinga al pueblo de Dios del resto de la sociedad, porque somos de aquellos “que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia” (Salm. 15:4).

La aplicación de estos principios de comunicación y sus efectos en nuestros matrimonios pudieran hacernos casi extraños en nuestra sociedad. Pero en tiempos de desintegración y de aislamiento social, el mundo podrá ver con mayor claridad el monte de la casa del Señor, especialmente por medio del ejemplo del pacto guardado en el matrimonio. Algunos maldecirán a la montaña y la ridiculizarán, pero otros correrán a ella y se salvarán.

Dick Leggatt es graduado de la Universidad de Pittsburgh, Penn. con título de Bachiller en Literatura Inglesa. Es jefe de redacción de la revista New Wine y también uno de los pastores de Gulf Coast Fellowship en Mobile, Alabama. Es casado y tiene tres hijos.

Tomado de New Wine Magazine, julio/agosto 1979.

ESPECIALMENTE PARA PADRES

1. Los héroes de la Biblia tienen mucho que enseñarnos sobre la persistencia, la perseverancia, la resistencia. Comente sobre las que están en función en su familia. Asegúrese de mencionar a los miembros de la familia que han demostrado estas actitudes recientemente.



2. La perseverancia es algo que se desarrolla después de un tiempo cuando los padres y los hijos trabajan juntos. No viene como resultado de una actitud de “nade o húndase”.



3. Mantener sus convicciones bajo la presión de sus compañeros es una de las cosas más difíciles en que nuestros hijos tienen que perseverar. (Padregrama Julio 1981.)

PRUEBA DE PERSEVERANCIA

Florence Chadwick se propuso ser la primera mujer en nadar los 34 kilómetros entre la Isla Catalina y la costa de California. El 4 de julio de 1952 se sumergió en las frías aguas y nadó por quince horas en medio de una niebla muy densa hasta que finalmente desistió. Más tarde Florence se dio cuenta que sólo le quedaba poco menos de un kilómetro para alcanzar la meta. Había fracasado; no porque hubiera estado cansada, sino porque no podía ver su meta. La niebla le había empañado su visión y su determinación.

Dos meses después lo intentó de nuevo y bajo una niebla más espesa, pero esta vez su visión permaneció intacta: detrás de toda esa niebla tenía que estar la tierra. Florence Chadwick se convirtió en la primera mujer en conquistar el Canal de Catalina, superando todas las marcas masculinas por más de dos horas. (Padregrama Julio 1981.)



Juzgar o no juzgar

por Derek Prince

El juzgar ocupa un lugar de prominencia en la Biblia, sin embargo, es uno de los temas más difíciles de comprender. Hay multitudes de cristianos profesantes que, debido en parte a la ignorancia y otras veces a la desobediencia, a menudo actúan contrariamente a la enseñanza bíblica cuando juzgan o dejan de juzgar. La confusión viene porque hay versículos que dicen que no debemos juzgar y otros que dan instrucción sobre cómo juzgar. En este artículo examinaremos la aparente paradoja bíblica sobre el juzgar y ofreceremos un prin-

cipio que nos ayudará a decidir lo que debemos hacer en cualquier situación. Con este principio, identificaremos algunas áreas en las que somos responsables de emitir juicio y otras en las que no debemos hacerlo.

La paradoja bíblica sobre el juicio

En el Sermón del Monte, Jesús le dijo a la multitud:

No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque de la manera como juzgáis, seréis juzgados; y con la medida que medís seréis medidos (Mt. 7:1-2).

Jesús dice enfáticamente aquí: "No juzgues; porque el juicio que emitas, caerá sobre ti."

Por otra parte, encontramos Escrituras que nos dicen que estamos en la obligación de juzgar. En Juan 7:24, Jesús habla a la gente con respecto a que él es el Mesías y dice: "No juzguéis por la apariencia, sino juzgad con juicio justo." Aquí la instrucción de Jesús es que debemos juzgar con juicio justo. Queda claro pues que hay algunas porciones de la Escritura que nos prohíben emitir juicio, mientras que otras nos exhortan específicamente a hacerlo.

Juzgar y gobernar

¿Cómo hemos de sacarle sentido a esta paradoja? Creo que hay un principio básico que resuelve esta aparente contradicción, y es el siguiente: *juzgar es una función de gobernar*. En la Biblia el juzgar nunca viene divorciado del gobernar. La unidad de estas dos funciones se origina en la misma naturaleza de Dios y se imparte de él hacia abajo en la raza humana, porque Génesis 18:25 nos dice que Dios, quien gobierna toda la tierra, es también el *Juez* de toda la tierra. Nunca debemos divorciar lo uno de lo otro porque ambos vienen de la mano. Este es el principio que nos ayudará a entender cuándo debemos de juzgar y cuándo no.

Básicamente, la conexión entre el juzgar y el gobernar, involucra cuatro factores que vienen juntos: 1) responsabilidad, 2) autoridad, 3) juzgar y 4) entregar cuentas. Veamos ahora cómo se interrelacionan estos cuatro factores.

Primero que todo, dondequiera que haya responsabilidad, tiene que haber autoridad. De otra manera nuestra responsabilidad no puede ser des-

cargada. Si se encarga a la hija mayor con la responsabilidad de servir de niñera a los hijos menores, entonces debe dársele a ella la suficiente autoridad para hacer su trabajo. De otra manera, su tarea sería imposible y sería una burla. Dondequiera que haya responsabilidad, tiene que haber autoridad adecuada para llevar a cabo la tarea.

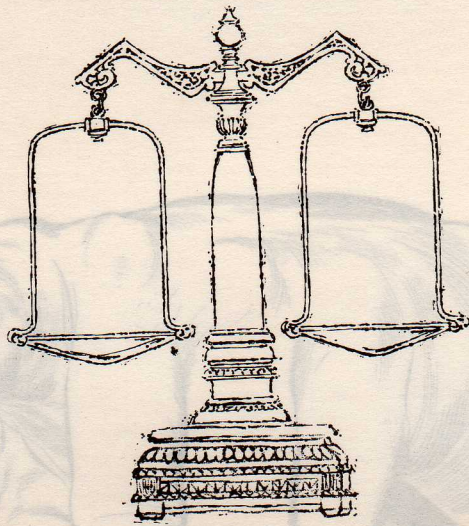
A la inversa, cuando una persona tiene autoridad sin responsabilidad, esa persona es un déspota. Esa situación es, por supuesto, típica de muchos gobiernos en el mundo. La responsabilidad sin autoridad es ineficaz, pero la autoridad sin la responsabilidad es despótica. Ambas deben ir juntas.

Como hemos visto, estamos obligados a juzgar en el lugar donde gobernamos, porque es parte de la autoridad y la responsabilidad del gobierno. Es decir, todo gobernante tiene que juzgar en el lugar donde gobierna. Pero también debemos tener en mente las siguientes dos áreas: donde juzgamos, seremos juzgados por el Juez Supremo. Dicho de otra manera, todos los jueces *tendrán que rendir cuentas* al Juez de toda la tierra. Encontramos una ilustración de esto en Hebreos 13:17: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta." Debido a que los que nos gobiernan son responsables por nuestras almas, ellos tienen que tener autoridad con la responsabilidad. De otra manera ejercerían su tarea en vano. La exhortación es de obedecer a los que tienen la responsabilidad de nuestras almas. Debido a que tienen responsabilidad y ejercen autoridad, también tendrán que juzgar, y de esta manera, un día tendrán que rendir cuentas por los juicios que han emitido. De tal manera que en este versículo se encuentran los cuatro aspectos: el de la responsabilidad, la autoridad, el juicio y la obligación de rendir cuentas.

La extensión de nuestra autoridad para juzgar

Hemos visto que cuando se nos da responsabilidad, debemos tener autoridad; y cuando tenemos autoridad, estamos obligados a juzgar. Pero todavía tenemos que resolver el problema de saber hasta donde se extiende nuestra autoridad y responsabilidad para juzgar.

Básicamente, existen tres limitaciones típicas en todo juicio. Hay una *área* limitada de autoridad; hay un número limitado de *personas* bajo esa autoridad, y hay sólo ciertos *actos* que deben ser juzgados por esa autoridad. Fuera del área es-



tablecida o con otras personas, o con otros actos diferentes, no hay autoridad para juzgar. De manera que tenemos que preguntarnos tres cosas: ¿En qué áreas estamos autorizados para juzgar? ¿A quiénes estamos autorizados para juzgar? ¿Y por cuáles actos podemos juzgarles? La extensión del juicio no queda clara hasta responder a estas tres preguntas.

Antes de entrar en discusión sobre la extensión de nuestra autoridad para juzgar, quiero enfatizar una manera en la que *nunca* tenemos responsabilidad para hacerlo: Nunca seremos responsables de la evaluación final del carácter o la conducta de otros o de nosotros mismos. Algunos cristianos piensan que ellos deben decidir quiénes van al cielo y quiénes al infierno. Básicamente, esa no es nuestra preocupación. Debemos dejárselo a Dios.

¿Por qué Dios es el único que puede juzgar en esta área? Porque ninguno otro conoce todos los secretos y motivos del corazón de los hombres. No podemos juzgar fielmente ni con justicia, de manera que no se requiere de nosotros que lo hagamos o que demos una evaluación final del valor absoluto de nadie, incluyéndonos a nosotros mismos.

Ahora que hemos determinado este asunto de no juzgar el destino final de nadie, regresamos a la cuestión de la extensión de nuestra autoridad para juzgar. ¿Adónde, a quién y qué somos responsables de juzgar?

Juzgándonos a nosotros mismos

La primera respuesta es que *somos responsables de juzgarnos a nosotros mismos*. Recordemos que no debemos hacer una evaluación final aún de no-

sotros mismos, pero sí debemos de juzgar nuestra *conducta* de acuerdo con las normas de la Palabra de Dios. Me parece que esencialmente, todo juicio que se espera que hagamos debe ser de *conducta*, no una evaluación absoluta del valor de una persona. En 1 Corintios 11 leemos con respecto a esta clase de juicio personal.

Pero cada quien examínese a sí mismo, y entonces coma del pan y beba de la copa.

Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir correctamente el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

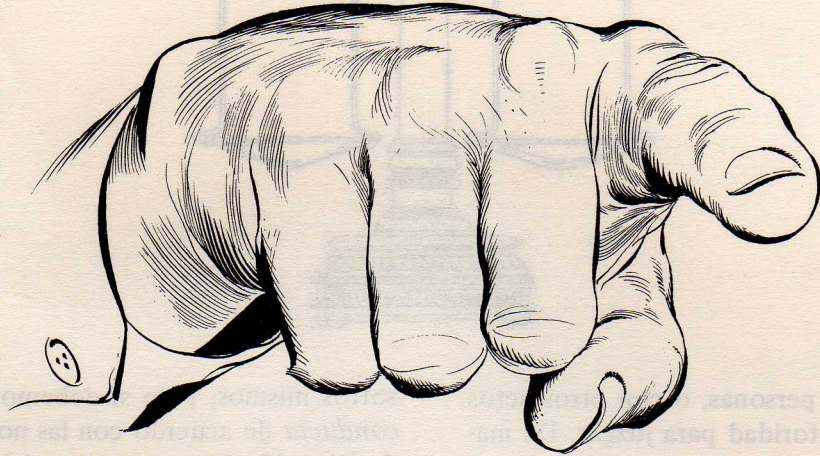
Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y algunos duermen.

Pero si nos juzgáramos a nosotros mismos correctamente, no seríamos juzgados.

Porque cuando somos juzgados, el Señor nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo (vs. 28-32).

Pablo, hablando de la Cena del Señor nos advierte de la necesidad de examinarnos antes de tomarla. Si no lo hacemos estamos expuestos a traer sobre nosotros mismos enfermedad y hasta la muerte finalmente. Tenemos la opción de apropiarnos del juicio de Dios. El no nos juzgará en las áreas que nosotros nos hemos juzgado. Las alternativas son tres: 1) Juzgarnos a nosotros mismos para no caer bajo el juicio de Dios. 2) No juzgarnos a nosotros mismos y entrar bajo el juicio de Dios, pero no bajo su juicio sobre el mundo. 3) Rehusar estas dos alternativas y ser juzgados con los incrédulos. Pero en alguna forma u otra, todos seremos juzgados.

Si tenemos la responsabilidad de juzgarnos a



nosotros mismos, entonces, ¿de qué manera debemos hacerlo? Con el standard revelado en la Palabra de Dios. No debemos hacerlo según nuestros sentimientos, o por la opinión de la sociedad o por la estimación que tengamos de nosotros mismos, sino por la clara enseñanza de la Palabra de Dios. Según esta norma somos responsables de juzgar nuestra propia *conducta* y *relaciones*. ¿Estoy en paz con mi hermano y mi hermana? ¿Abribo amargura o resentimiento en mi corazón? ¿He dicho cosas que no son ciertas o que no son bondadosas con respecto a otro creyente? Estas son algunas formas en que debemos juzgarnos nosotros mismos. Y si tomamos en serio nuestra obligación de juzgarnos a nosotros mismos, ya no tendremos tanto tiempo para juzgar a los demás a quienes no debemos juzgar.

Juicio en la familia

La siguiente esfera de juicio es la familia. El esposo y padre es el responsable de juzgar a su esposa y a sus hijos. En 1 Timoteo 3:4 Pablo dice que uno de los requisitos para obispo es que “gubierne bien su casa.” Eso significa que el padre está obligado a juzgar su hogar.

¿Qué es lo que juzga? Debido a que la *conducta* es el área principal de juicio, pienso que se espera de un padre que juzgue toda conducta que afecte el bienestar de aquellos por los que es responsable.

Si veo que mis hijos están siempre tomando bebidas gaseosas y comiendo helados, estoy obligado a disciplinarlos, porque como padre soy responsable de que crezcan saludables.

También estoy obligado a juzgar la conducta que afecte el honor y el orden de nuestro hogar, porque un día tendré que dar cuentas a Dios y a mis vecinos. Si mis hijos son groseros e indisciplinados frente a otras personas, en definitiva ello es un reflejo mío como padre, y prueba que no estoy cumpliendo con mi función.

Juicio en la Iglesia

La siguiente área de juicio es la que el Nuevo Testamento trata primordialmente: la iglesia, el cuerpo colectivo de creyentes. Primero que todo, se espera de los líderes de la iglesia que juzguen a aquellos que les siguen. Está muy claro en el pasaje de Hebreos que vimos anteriormente, que los líderes en la iglesia deben ejercer autoridad y mantener la disciplina. La verdad es que una congregación donde el liderazgo no cumple con estas cosas no es en el sentido bíblico una iglesia.

Pero el juicio no es sólo responsabilidad de los líderes. En otro sentido, la iglesia tiene la responsabilidad de juzgar. Debemos mantener presente que la palabra iglesia, en el griego *ekklesia*, se usaba normalmente para designar una asamblea de gobierno. La misma esencia de la iglesia es que

gobierna. Sin gobierno no hay iglesia. Y últimamente, aunque esté bajo el juicio de su liderazgo, la iglesia entera debe aceptar su responsabilidad para juzgar. No hablo en este punto de individuos que juzguen; en la mayoría de las áreas en que se nos responsabiliza para juzgar, no lo hacemos individualmente. Lo hacemos colectivamente. La mayoría de las veces que la Biblia dice que se juzgue, la orden está en plural, lo que significa que es la congregación de creyentes la responsable de ello.

En 1 Corintios capítulo 5, encontramos lo que debemos juzgar: la *conducta* de los otros creyentes. ¿Sabía usted que la iglesia tiene la obligación de juzgar su conducta? En la iglesia de Corinto, uno de los miembros había tomado a la esposa de su padre. Pablo dice que el tal no tenía lugar en la iglesia; él lo juzgó. Pero aunque el juicio de Pablo era el de un apóstol, dependía del endoso de la iglesia. Por eso les escribió y les dijo que pronunciaran su juicio sobre ese hombre cuando se reunieran. Debía ser una acción colectiva de todo el cuerpo.

La epístola continúa diciendo que la forma que este juicio corporal debía tomar era la exclusión del ofensor de la comunión de la iglesia. Los creyentes no debían ni comer con tal hombre. Pero Pablo les advirtió no extender este juicio al mundo fuera de la iglesia.

Pues, ¿por qué he de juzgar yo a los de afuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro de la iglesia?

Pero Dios juzga a los que están fuera (vs. 12-13).

Pablo dice que no es asunto nuestro juzgar al mundo. Pero sí a los creyentes como nosotros, porque somos responsables por ellos como un padre con su familia.

¿Qué otra cosa debemos de juzgar además de la conducta? La segunda área en la que somos responsables para juzgar es en las *disputas entre creyentes*. Las Escrituras son bien claras en cuanto a esto. En Mateo capítulo 18, Jesús dice que si nuestro hermano nos agravia, debemos discutirlo privadamente con él. Pero que si rehusa corregir la ofensa, debemos llevarlo a la iglesia.

La iglesia debe juzgar colectivamente el asunto en este punto. Si el hermano ofensor rehusa aceptar el juicio de la iglesia, ésta está instruida para tratarlo como a un impío. Es atemorizante darse cuenta que el que no acepta la decisión de la igle-

sia pierde el derecho de ser tratado como cristiano. También da temor saber que son pocas las iglesias que ejercen con competencia la autoridad que les es conferida para juzgar.

¿Qué otras cosas se requieren que juzguemos como iglesia? Yo diría que los *errores doctrinales*. Leemos en Romanos 16:17: "Y ahora os ruego, hermanos, que vigiléis a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que vosotros aprendisteis, y que os apartéis de ellos." Si hay personas que tienen doctrinas incorrectas que quieren propagar y que se convierten en fuentes de división en la iglesia, debemos identificarlos y rehusar tener comunión con ellas. De manera que otra base para juzgar es el error doctrinal que causa división en la iglesia.

Áreas donde no debemos juzgar

Seguidamente, quiero nombrar algunas áreas donde no tenemos ninguna responsabilidad para juzgar. La lista podría ser numerosa, pero bastarán unas cuantas.

1) *No somos responsables de pasar juicio final sobre el carácter de nadie, incluyéndonos a nosotros.* Como ya lo hemos visto, esta es la responsabilidad de Dios únicamente.

2) *Como individuos no somos responsables de juzgar a otros creyentes.* Si hemos de emitir juicio sobre otro creyente, debemos de hacerlo colectivamente como iglesia y no como individuos. A menos que su conducta afecte nuestra conducta (y entonces debemos de confrontarlo en privado primeramente), no es asunto nuestro juzgar a otro creyente. Está fuera de nuestra jurisdicción.

3) *No somos responsables de juzgar a los hijos de los demás.* Aunque sea una tentación hacerlo, las familias de otras personas no están dentro de nuestra jurisdicción, a menos que su conducta nos afecte a nosotros personalmente. La mayoría de las personas que he visto juzgar a los hijos de los demás, estarían mejor corrigiendo a los suyos propios.

4) *No somos responsables de juzgar a otros grupos de cristianos.* Este problema no se suscita

en el Nuevo Testamento porque no había otros grupos cristianos, como la multitud de denominaciones que tenemos ahora. Pero a menos que tengamos problemas con los miembros de otra iglesia, no tenemos ninguna responsabilidad de juzgarlos. Si estamos convencidos que la situación necesita ventilarse, debemos hacérselo saber a nuestro pastor para que él lo discuta con el pastor de ellos.

Cinco requisitos para hacer un buen juicio

¿De qué manera juzgamos cuando tenemos la responsabilidad de hacerlo? He observado que la mayoría de los juicios hechos por los cristianos infringen las reglas que las Escrituras dan. Hay cinco requisitos para hacer un buen juicio:

1) *Juzgar con juicio justo.* Jesús lo dijo en Juan 7:24. Nunca juzgue injustamente porque Dios demandará que le dé cuentas por todo asunto que juzgue.

2) *Juzgue con base en factores probados.* Me ha impresionado la acción del Señor, en Génesis 18, cuando le dijo a Abraham que iba camino a Sodoma y Gomorra, a inspeccionar lo que estaba sucediendo; él no estuvo conforme con aceptar meramente los malos reportes que había de esas ciudades (presumiblemente dados por ángeles) sin verificarlos él mismo. Ni el Señor juzgó sin primero ir a ver la situación por él mismo ¿Cómo nos atrevemos nosotros cuando Dios no lo hace?

3) *Debe permitírsele al acusado encarar a sus acusadores.* En Juan 7:51, el Sanedrín, el concilio legal de los judíos, estaba discutiendo los malos reportes que se oían de Jesús y hasta discutiendo entre ellos. Un hombre honesto, llamado Nicodemo, les recordó: “¿Juzga nuestra ley a un hombre sin haberle oído primero, y saber lo que está haciendo?” No es bíblico juzgar a nadie sin permitirle que hable por sí mismo en su cara.

4) *Debe haber por lo menos dos testigos que corroboren toda mala acción.* Deuteronomio 19:15 dice: “No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquiera ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación.” Nunca debemos condenar a una persona con el testimonio de un solo testigo. El mínimo es dos, preferiblemente tres.

5) *Los testigos deberán dar cuentas por su testimonio.* El mandamiento contra el falso testimonio aparece en la Biblia junto a los mandamientos contra el homicidio, robar y cometer adulterio. Sin embargo, hay multitud de cristianos que levantan testimonios falsos contra sus hermanos sin siquiera pestañear. Pero Dios los coloca en la misma categoría de los homicidas, los adúlteros y los ladrones.

En el Antiguo Testamento, cuando un criminal era sentenciado a muerte por la ley, los primeros en ejecutar el castigo eran los testigos de su delito. ¿Para qué se hacía esto? Si llevamos chismes contra alguien y lo metemos en problemas, debemos responsabilizarnos por lo que hemos hecho. No quedamos exonerados cuando acusamos a alguien y después decimos: “Realmente no era mi intención causarle daño.”

Es más, de acuerdo a la ley del Antiguo Testamento, si se encontraba que alguien había traído un testimonio falso contra otra persona y era juzgado por un crimen en particular, entonces el testigo falso recibía el castigo por el crimen, que en muchos casos era la muerte. Esto hacía que muchos se detuvieran a pensar antes de dar un testimonio falso. Aunque las sentencias han cambiado un poco desde los días del Antiguo Testamento, el desprecio de Dios por los testigos falsos nunca ha variado.

De manera que hay cinco requisitos básicos para hacer un juicio justo: 1) Tiene que ser un juicio justo. 2) El juicio debe fundamentarse en hechos probados. 3) El acusado tiene el derecho de enfrentarse con sus acusadores. 4) El juicio debe hacerse con base en el testimonio de por lo menos dos testigos veraces, preferiblemente tres. 5) Los testigos son responsables por su testimonio; y si éste es falso, merecen el castigo que hubiese venido al acusado si su testimonio hubiese sido cierto.



En la silla del juez

Una observación final. Si juzgamos cuando no tenemos autoridad para hacerlo, ¿en qué nos convierte eso? En 1 Pedro 4:15 leemos: "Que de ninguna manera sufra alguno de vosotros como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremetido." ¿Qué somos usted y yo cuando juzgamos donde no tenemos autoridad para hacerlo. Somos *entremetidos*, y estamos en la misma categoría de los homicidas, los ladrones y los malhechores. La palabra "entremetido" en el griego significa uno que quiere supervisar los asuntos de otro sin habersele

dado esa responsabilidad. No debemos actuar como supervisores sobre asuntos que no nos han sido asignados.

En Santiago 4:11-12 encontramos una advertencia que es clave en nuestra actitud hacia el juicio. No se nos permite hablar mal de otros aunque sea cierto.


Hermanos, no habléis mal los unos de los otros. El que habla mal de un hermano, o juzga a su hermano, habla mal de la ley, y juzga a la ley, pero si tú juzgas a la ley, no eres cumplidor de la ley, sino juez de ella.

Sólo hay un Dador de la ley y Juez, Aquel que es poderoso para salvar y para destruir, pero ¿quién eres tú que juzgas a tu prójimo?

Cuando hablamos mal de nuestro hermano, nos burlamos de la ley, porque ésta nos prohíbe hacerlo. Y juzgamos la ley porque nos situamos por encima de la ley de Dios. En efecto, nos colocamos en una posición de juez sobre Dios.

En una corte secular, la acción entera gira alrededor de una silla: la del juez. Cuando el juez entra en la sala, todos se deben poner en pie en demostración de respeto a su calidad de juez. Usualmente, hay algún tipo de barricada que impide que la gente en la corte tenga acceso directo a él.

Ahora, imagínese que estoy sentado en una corte y que el juez no ha entrado aún. Su silla está vacía y en la sala hay silencio y solemnidad. De repente me levanto, me abro paso a través de los guardias, y presuntuosamente me siento en la silla del juez.

Eso es precisamente lo que hacemos cuando juzgamos asuntos que Dios no nos ha dado. Jamás nos atreveríamos a hacer algo semejante en una corte secular. Mucho menos nos deberíamos atrever a usurpar el trono del juicio de Dios. 

Derek Prince recibió su educación en Griego y Latin en las universidades británicas de Eton College y Kings College, en Cambridge. Su programa de radio "Hoy con Derek Prince" se difunde en muchas emisoras a través de los Estados Unidos. Derek y su esposa Ruth pasan gran parte de su tiempo viviendo y ministrando en Israel. El resto del tiempo lo emplea para ministrar en los Estados Unidos y otras partes del mundo.



El otro lado del río

por Don Basham

Yo pensaba, en los primeros años de mi experiencia carismática, que la madurez tenía que ver con la cantidad de fe que pudiese ejercer. Que si era maduro, todas mis oraciones serían contestadas o estaría tan saturado del Espíritu que nada me molestaría.

A través de los años he tenido que modificar esta creencia. Ahora sé que la oración no resuelve todos los problemas, porque hasta las personas maduras los tienen.

Me gusta la definición de madurez que Charles Simpson ofreció en cierta ocasión: "madurez es la capacidad de actuar redentivamente en cada situación", y las que nos crean la mayor cantidad de problemas son las que tienen que ver con las relaciones. La marca de un cristiano maduro es su habilidad de manejar bien sus problemas con otras personas.

En este artículo queremos enfocar la manera de tratar constructivamente con las acusaciones, sospechas y la condenación que surgen de nuestros malentendidos.

La dimensión de Israel

Hay una historia en el Antiguo Testamento que sirve como una buena ilustración de las causas de la incomprensión y cómo tratar con ellas. En el capítulo treinta y dos de Números, encontramos a los israelitas al final de sus cuarenta años de vagar en el desierto. Acampaban a la orilla del Jordán, listos para entrar en la tierra prometida. La vida de Moisés a punto de terminar y el llamamiento que había recibido de Dios estaba por cumplirse cuando se le hizo la siguiente petición:

Los hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían una muy inmensa muchedumbre de ganado; y vieron la tierra de Jazer y de Galaad, y les pareció el país lugar de ganado.

Vinieron, pues, los hijos de Gad y los hijos de Rubén, y hablaron a Moisés y al sacerdote Eleazar, y a los príncipes de la congregación,

diciendo:

la tierra que Jehová hirió delante de la congregación de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado.

Por tanto, dijeron, si hallamos gracia en tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad, y no nos hagas pasar el Jordán. (1, 2, 4-5).

Sin embargo, Moisés reaccionó negativamente. Su única intención por cuarenta años había sido llevar a los israelitas al otro lado del Jordán, a la tierra de Canaán. Recordaba aún el mal reporte de los espías que desalentaron al pueblo y le impidieron entrar en la tierra prometida. Así que fustigó a las dos tribus y media con el siguiente discurso:

¿Irán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí?

¿Y por qué desanimáis a los hijos de Israel, para que no pasen a la tierra que les ha dado Jehová?

Así hicieron vuestros padres, cuando los envié desde Cades-barnea para que vieran la tierra.

Subieron hasta el torrente de Escol, y después que vieron la tierra, desalentaron a los hijos de Israel para que no viniesen a la tierra que Jehová les había dado. . .

Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y los hizo andar errantes cuarenta años por el desierto, hasta que fue acabada toda aquella generación que había hecho mal delante de Jehová.

Y he aquí, vosotros habéis sucedido en lugar de vuestros padres, prole de hombres pecadores, para añadir aún a la ira de Jehová contra Israel.

Si os volviereis de en pos de él, él volverá otra vez a dejaros en el desierto, y destruiréis a todo este pueblo. (vs. 6-9, 13-15).

Moisés oyó lo que Gad y Rubén habían dicho

desde una perspectiva prejuiciada por la infeliz experiencia de hacía cuarenta años.

Entendemos la razón por la que Moisés se sentía de esa manera, pero estaba mal interpretando la situación. De manera que estas tribus tuvieron que probarle su lealtad.

Los malentendidos vienen muchas veces porque sentimos que nuestro bienestar futuro, nuestro destino, o nuestra meta está en peligro con lo que está sucediendo.

Entonces ellos vinieron a Moisés y dijeron: **Edificaremos aquí majadas para nuestro ganado, y ciudades para nuestros niños;**

y nosotros nos armaremos, e iremos con diligencia delante de los hijos de Israel, hasta que los metamos en su lugar; y nuestros niños quedarán en ciudades fortificadas a causa de los moradores del país.

No volveremos a nuestras casas hasta que los hijos de Israel posean cada uno su heredad.

Porque no tomaremos heredad con ellos al otro lado del Jordán ni adelante, por cuanto tendremos ya nuestra heredad a este otro lado del Jordán al oriente (vs. 16-19).

La naturaleza del problema era la siguiente: Gad, Rubén y la media tribu de Manasés interpretaron su destino de manera diferente al de las otras tribus. Vieron su llamamiento y su lugar geográfico diferente al de las demás tribus. Por eso se convirtieron en una minoría mal entendida y en un grupo de disidentes.

La historia continúa en el libro de Josué. Los dos y media tribus ocuparon las ciudades al este del Jordán y construyeron corrales para su ganado y casas para sus hijos. Entonces los hombres, cua-

renta mil de ellos, participaron en la guerra de conquista de Canaán junto con las otras tribus. Cuando las batallas terminaron, Josué les dio permiso para que regresaran al lugar de su herencia al otro lado del río.

En su camino de regreso a Galaad, antes de cruzar el Jordán, Rubén, Gad y Manasés decidieron construir un altar en la tierra que pertenecía a las otras nueve tribus. Para sorpresa de ellos, el altar se convirtió en un punto de controversia y contención.

Cuando oyeron esto los hijos de Israel, se juntó toda la congregación de los hijos de Israel en Silo, para subir a pelear contra ellos (Jos. 22:12).

La mayoría sacó inmediatamente las conclusiones equivocadas. Con base en lo que habían visto y oído, las nueve tribus decidieron erradamente que los otros se habían rebelado y habían caído en la apostasía yendo tras Baal. Como querían defender su "verdadera fe", se dispusieron a pelear y matar a sus propios hermanos. Defenderían el altar en Silo y acabarían con los rebeldes - todo para la gloria de Dios, por supuesto.

Debemos entender que el fundamento de su precipitada reacción había sido puesto con anterioridad y que ya existía la sospecha en ellos. ¿Por qué querían estas dos tribus y media establecerse al "otro lado" del río? A pesar de que cuarenta mil hombres hubiesen peleado al lado de las otras tribus para probar su valor y su lealtad, todavía seguían siendo "diferentes".

Afortunadamente, algunas cabezas más calmadas hicieron sentir su influencia y evitaron la guerra. Escogieron al hijo del sacerdote y a diez príncipes, uno por cada tribu, y los enviaron a conferenciar con Rubén, Gad y Manasés. Pero aún esta delegación estaba enojada y prejuiciada en el problema y cuando llegaron les dijeron:

Toda la congregación de Jehová dice así: ¿Qué transgresión es esta con que prevaricáis contra el Dios de Israel para apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos altar para ser rebeldes contra Jehová? (v. 16).

Además de prejuicios y medias verdades, también había una actitud de superioridad entre las nueve y media tribus que les hacía sacar las con-

clusiones equivocadas. Note la "invitación" que hacen:

Si os parece que la tierra de vuestra posesión es inmundada, pasaos a la tierra de la posesión de Jehová, en la cual está el tabernáculo de Jehová, y tomad posesión entre nosotros; pero no os rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros, edificándoos altar además del altar de Jehová nuestro Dios. . . (v. 19).

Todo esto vino como una gran sorpresa para las tres y media tribus. Estaban atónitos de que las otras tribus hubiesen mal interpretado tan completamente sus intenciones. Pero hicieron inmediatamente su defensa.

Entonces los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés respondieron y dijeron a los cabezas de los millares de Israel:

Jehová Dios de los dioses, Jehová Dios de los dioses, él sabe, y hace saber a Israel: si fue por rebelión o por prevaricación contra Jehová, no nos salves hoy.

Si nos hemos edificado altar para volvernos de en pos de Jehová, o para sacrificar holocausto u ofrenda, o para ofrecer sobre él ofrendas de paz, el mismo Jehová nos lo demande.

Lo hicimos más bien por temor que mañana vuestros hijos digan a nuestros hijos: ¿Qué tenéis vosotros con Jehová Dios de Israel?

Jehová ha puesto por lindero el Jordán entre nosotros y vosotros, oh hijos de Rubén e hijos de Gad; no tenéis vosotros parte en Jehová; y así vuestros hijos harían que nuestros hijos dejaran de temer a Jehová (vs. 21-25).

Por falta de comprensión, nueve tribus y media habían estado dispuestas a acabar con las otras dos y media.

Causas del mal entendimiento

Este tipo de situación, con su potencial inclinación a la tragedia, se repite muy a menudo en la Iglesia. Cualquier grupo que tenga una visión diferente, o que se atreva a actuar proféticamente en su comprensión, o que innove en cualquier forma, se convierte inmediatamente en un sospechoso. Otros, movidos por su entusiasmo religioso y partiendo de conclusiones equivocadas y apresuradas se les han opuesto, a veces matándolos, "creyendo hacerle un favor a Dios" según la pro-

fecia de Jesús. Es importante que reconozcamos en esta historia los factores que conducen a la incompreensión entre grupos cristianos aún en nuestros días.

El primer factor es la *disconformidad*. Dos y media tribus se desviaron de lo "normal". Tenían una visión de Dios un poco diferente a las de las otras tribus. Cuando alguien actúa en una forma distinta a la nuestra o dice algo diferente de lo que sentimos o creemos, pensamos inmediatamente que tal persona está equivocada.

El segundo factor es la *falta de comunicación*. Ambos lados tuvieron culpa con esto. Gad, Rubén y Manasés construyeron una réplica del altar en el territorio de las otras tribus en Canaán, y no se molestaron en decirles lo que hacían.

El tercer factor es la *sospecha escondida*, especialmente de parte de las nueve y media tribus, las "ortodoxas", porque las otras no se conformaron a sus expectativas. "Algo malo deben estar tramando; no quieren acompañar a Moisés en sus deseos; quieren tener su herencia en el lado equivocado del Jordán."

El cuarto factor es una verdadera *ausencia de amor y de confianza*. Durante años, cuarenta mil de sus hermanos habían peleado hombro a hombro con las otras tribus para asegurar su herencia. Y todavía prevalecía una ausencia de amor y de confianza entre ellos.

El quinto factor es la *protección de sus propios intereses*, en ambos lados. Cada vez que la gente se vuelve hacia adentro, preocupándose únicamente por sus propios intereses, deja la puerta abierta para la incompreensión y la división.

El sexto factor es el *celo* entre las tribus.

El séptimo factor es la *mala interpretación de la evidencia*. Las nueve y media tribus pensaron que las otras se habían rebelado porque habían hecho su propio altar y allí sacrificarían sus holocaustos. Y aunque había una evidencia física que aparentemente justificaba sus temores, no la supieron interpretar según el corazón de sus hermanos.

El octavo factor es que *interpretaron la situación basados en los problemas del pasado*. Cuando Moisés oyó a las dos y media tribus pedirle el lugar donde estaban acampados a este lado del Jordán, inmediatamente recordó a sus padres que habían dado un mal reporte en Cades-barnea y desalentaron a todo el pueblo, impidiéndoles entrar en la tierra prometida. Los problemas del pasado tienden a perjudicar a la gente.

El noveno factor es la *propensión de creer lo*

peor y muy rara vez lo mejor. Pesimismo versus optimismo.

Un humorista dijo que la diferencia entre uno y otro es que el pesimista cree que la botella está medio vacía y el optimista cree que está medio llena. La manera de interpretar la situación puede crear graves problemas y en este caso, las nueve y media tribus estaban pensando lo peor.

El décimo y factor final es *el miedo al futuro*. Muchas veces los malos entendidos vienen cuando el bienestar futuro, destino o meta se ven amenazados por lo que está sucediendo. Este fue el temor expresado por las dos y media tribus cuando en efecto dijeron: "Hicimos este altar para nuestros hijos, porque creemos que en el futuro van a ser maltratados por los de ustedes."

Afortunadamente, a pesar de las sospechas y malos entendidos, la historia tiene un final feliz. La delegación enviada por la mayoría aceptó la explicación de la minoría y los planes de guerra fueron cancelados. No obstante, muchas otras historias del pueblo de Dios no terminan así. La incomprensión ha culminado a menudo en tragedia. Cristianos sinceros han sufrido persecución y hasta martirio. La pregunta que cabe aquí es: ¿Por qué es que el pueblo de Dios no se puede llevar bien? Las razones son múltiples, incluyendo la debilidad de la naturaleza humana y la continua batalla espiritual contra el enemigo. Además de estas, también Dios tiene algún propósito en especial que quiere cumplir por medio de la oposición y la persecución dentro de la Iglesia.

El propósito de la oposición

En 2 Timoteo 3:12, después de contar las cosas que padeció, Pablo dice: "Y en verdad, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos." Vivir una vida santa es invitar a la incomprensión y a la persecución; es parte del trato.

Dentro del plan de Dios, los enemigos toman su parte al igual que los amigos para lograr su propósito. ¿Cuáles son las cosas que vienen por medio de la oposición?

Primeramente, la oposición *fortalece el carácter*. Las bendiciones y los milagros y la oración hacen grandes cosas, pero en lo que se refiere a las relaciones, la oración por sí sola no produce un buen carácter. Tampoco los milagros; la verdad es que

en el desarrollo del carácter muchas veces lo que hace es impedirlo o posponerlo. Si usted tuviera que vivir a base de milagros todo el tiempo, su vida estaría sobreprotegida de tal manera que nada malo o difícil vendría para ejercer presión sobre usted para que cambie. Usaría la oración para salirse con la suya en las disputas o las crisis que le sobrevinieran. Los días felices no son los que producen la fuerza de carácter; la lucha, la persecución y la incomprensión sí.

. . . Dios tiene un propósito especial que quiere cumplir a través de la oposición y la persecución. . .

La oposición tiene su función beneficiosa porque *nos mantiene humildes*. La Biblia dice: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios. . ." (1 Pe. 5:6). Si no lo hacemos él se encargará de humillarnos. La oposición quebranta el orgullo en nosotros y nos mantiene humildes.

La Tercera cosa que hace la oposición es que nos mueve a *examinar y purificar nuestros motivos*. La mayoría de nosotros hace las cosas con una mezcla de motivos. Si nunca fuésemos retados, la tendencia sería volvernos más y más egoístas. Tomaríamos por sentado el derecho de hacer la decisión que se nos antoje o de hacer cualquier cosa que deseemos.

El cuarto propósito de la oposición es el de *revelar nuestras faltas y flaquezas*. Muchas veces la crítica y la condenación vienen porque no estamos haciendo las cosas bien. Cometeremos errores especialmente cuando estamos haciendo cosas nuevas. Nos gustaría creer que siempre estamos cien por ciento en lo cierto, pero la realidad no es esa. La persecución revela nuestras fallas.

La quinta cosa que hace la oposición en nosotros es que nos *enseña perseverancia*. Jesús dijo, refiriéndose a los últimos días: "Muchos tropezarán y caerán, y se traicionarán y odiarán unos a otros. Y debido al aumento de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que persevera hasta el fin, ese es el que será salvo (Mt. 24:10, 12, 13). La persecución, la traición y la incom-

prensión nos enseñan perseverancia. Nos enseñan a contar el costo de lo que estamos haciendo y a darnos cuenta que hay un precio que pagar si queremos caminar en el propósito de Dios.

El sexto propósito de la oposición es que *nos hace menos propensos al error y más inclinados a ejercer cuidado*. La persecución y la condenación nos empujan a ser cuidadosos para no caer en el error. Nos hacen ser diligentes en las cosas que hacemos.

Cómo tratar nuestras diferencias redentivamente

Concluyo con una lista de doce pasos para tratar redentivamente con la oposición:

1. **No se precipite a hacer conclusiones.** Esto fue lo que metió a las nueve y media tribus en problemas: hicieron conclusiones precipitadas que las evidencias no respaldaban.

2. **Cuando surjan los problemas, delegue a un liderazgo responsable para que trate con ellos.** El mal entendimiento que se suscitó en el Jordán no pasó a más porque la delegación de líderes tuvo la suficiente madurez como para escuchar y hablar en vez de pelear, evitando así que la situación se convirtiera en una verdadera tragedia. Los israelitas hicieron la decisión de poner el problema en manos de un liderazgo responsable.

3. **Obtenga todos los hechos.** El noventa y cinco por ciento de las controversias en que nos vemos envueltos vienen por la carencia de tener todos los hechos. La mayoría de las acusaciones que se ventilan dentro del Cuerpo de Cristo están cargadas de medias verdades, pero se aceptan como si fueran el evangelio porque los grupos opuestos no se juntan para averiguar toda la verdad.

4. **No repita rumores ni medias verdades.** Este es consecuencia del paso número tres. Si los cristianos supieran cuándo callar, se evitarían muchas complicaciones.

5. **Haga una comunicación completa.** Hay ocasiones cuando debemos hacer un esfuerzo para comunicarnos entre nosotros aunque las cosas estén tensas y sean dolorosas.

6. **Crea lo mejor y no lo peor.** Eso significa que debemos atribuir motivos sinceros a aquellos que estén en desacuerdo con nosotros. "El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Co. 13:7).

7. **Admita el error humano.** Nadie es perfecto. Todos cometemos errores.


8. **Reconozca que hay diferencias legítimas y permítalas.** Ser diferentes no significa estar equivocados. Hay diferencias de tradición que no le quitan a nadie que sea cristiano. Si Dios acepta a un grupo diferente del nuestro, nosotros debiéramos de aceptarlo también.

9. **Ejerza la paciencia.** La batalla seguirá por mucho tiempo. Hay mucho que aprender en la lucha y muy rara vez se resolverán los asuntos de importancia de la noche a la mañana.

10. **Esfuércese en construir y fortalecer los puentes de la confianza.** Una de las razones por las que es difícil la comunicación con algunas personas, es porque no hay puentes para poder llegar hasta ellos. Es necesario edificar confianza y eso se logra sólo con esfuerzo.

11. **Tenga presente estas tres metas: aceptación, compromiso y pacto.** Nos esforzamos primero para que haya aceptación uno por el otro; con esa base viene el compromiso de caminar juntos y luego el reconocimiento de nuestro pacto.

12. **Recuerde que las soluciones deben ser abiertas delante de Dios.** Las cosas con las que tratamos tienen que ver con el reino de Dios; hay un propósito y una voluntad divina en medio de todo. Soluciones abiertas delante de Dios significan que debemos ver las cosas desde su perspectiva. Dios no ve nuestras diferencias como buenas o malas; nos ve como a hijos diferentes que tienen que resolver sus asuntos a la luz de su propósito.

La historia de Israel frente al Jordán tuvo un final feliz porque ambos lados escogieron resolver sus diferencias redentivamente. En vez de ir a la guerra, se reunieron, hablaron y oyeron lo que el otro tenía que decir. Descubrieron que lo que se había pensado como una crisis grave era en realidad un mal entendimiento. Que Dios nos ayude para llegar a solucionar nuestros problemas de esta manera. Entonces no importará que algunos de nosotros encontremos nuestra herencia de este lado del río. 

Don Basham recibió su título de Bachiller en Arte y Divinidad de la Universidad de Phillips y es graduado del Seminario de Enid, Oklahoma. Es un ministro ordenado de la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo). Es el editor de la revista New Wine y autor de varios libros, entre ellos "Frente a un Milagro" y "Libranos del Mal". El y su esposa Alice viven en Mobile, Alabama, E. U. A.

La maduración de la verdad

por Bob Mumford



Bob recibió su Bachillerato en Divinidad del Seminario Episcopal Reformado, en Filadelfia, Penn. Ha sido pastor, evangelista, maestro y decano en el Instituto Bíblico Elim de Nueva York. Además es autor de numerosos libros sobre la vida cristiana. Bob y su esposa Judy viven en Mobile, Alabama. Tienen cuatro hijos y un nieto.

Muchas veces nos sentimos frustrados porque Dios no nos da la comprensión que deseamos en nuestro liderazgo para pasarla a aquellos que tienen hambre de su verdad y que nos siguen. Sin embargo, recientemente he estado sintiendo cierto temor de que Dios me dé *más* entendimiento de algunas verdades, que antes temía no entender. Estoy aprendiendo que la verdad tiene el potencial de ayudar y de dañar, según sea mi habilidad de traducirla en acción adecuada.

Un triquitraque no puede hacer mucho daño, pero tampoco es de mucho uso práctico. El poder atómico, sin embargo, puede destruir a una ciudad entera o proveerla totalmente de luz. El grado del potencial de uso está en proporción directa al grado del potencial de peligro. De la misma manera, esas verdades espirituales que llegan a ser de mayor beneficio, pueden ser también las más peligrosas si no se entienden y aplican correctamente.

En los últimos años, algunos hermanos y yo nos hemos esforzado para entrenar a personas y edificar a nuestras comunidades cristianas. En el proceso, el Señor nos ha dado una nueva comprensión de la manera en que su autoridad funciona entre los hombres. Esta verdad concerniente a su autoridad y su gobierno, tiene el potencial de ser una fuente insondable de crecimiento para los grupos cristianos; o, como los explosivos, puede ser de gran peligro si es malentendida y mal aplicada.

Haciendo vino nuevo

Jesús ilustra con la parábola del vino y los odres, el proceso que Dios usa para restaurar su verdad dentro de la Iglesia. Debemos entender este proceso en sus diversos aspectos si deseamos hacer una mejor aplicación de su verdad.

Y nadie pone vino nuevo en odres viejos; de lo contrario el vino nuevo romperá los cueros y se derramará, y los odres se perderán.

Pero el vino nuevo debe ponerse en odres nuevos; (y lo uno y lo otro se conservarán).

Y nadie, después de beber vino añejo, desea vino nuevo; porque dice: "El añejo es mejor" (Luc. 5:37 - 39).

La parábola del vino descubre el proceso de Dios. La producción del vino se hace en tres etapas: la cosecha, la fermentación y la maduración.

Durante la *cosecha* las uvas se ponen en grandes tinajas o prensas para extraer el zumo y separarlo de la pulpa, las semillas y el hollejo. El zumo se pasa entonces a enormes cubas o recipientes para su segunda etapa.

La *fermentación* es la acción de la levadura que transforma el zumo de uvas en vino. La calidad de la levadura es crítica en su interacción con el zumo de las uvas; una buena levadura producirá un vino dulce y suave, pero si es de mala calidad, el vino será áspero, ácido o avinagrado.

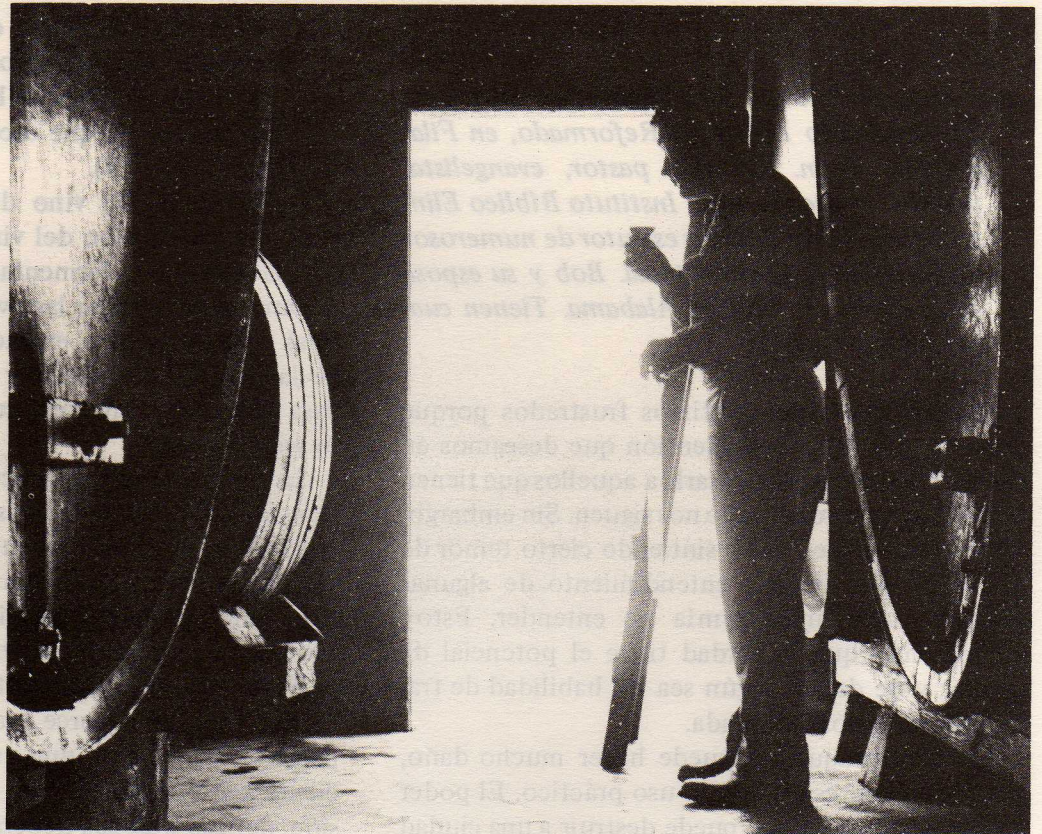
El proceso de la fermentación produce dióxido de carbono que ejerce gran presión en los recipientes. De manera que estos deben ser lo suficientemente flexibles para estirarse con la expansión del gas o el gas deberá ser eliminado ocasionalmente para que los recipientes no estallen.

Aunque el proceso para hacer vino está técnicamente terminado cuando se cumple el tiempo de la fermentación, el vino nuevo todavía no está totalmente listo para ser consumido. El vino nuevo tiene un aroma y un sabor fuerte y tánico debido a las impurezas residuales y tiende a subirse a la cabeza del bebedor con mayor rapidez que los vinos suaves.

Para que el vino sea aceptable y se pueda disfrutar, tiene que ser *madurado*. Durante este proceso de envejecimiento, el vino debe permanecer quieto hasta que las impurezas, llamadas "heces", se asientan en el fondo. Varias veces durante este proceso, el vino se extrae de las heces y se "trasiega" a otro recipiente, para que más impurezas se asienten. La remoción de las heces ayuda a suavizar el vino y a madurarlo y lo hace más agradable y menos fuerte.

Cosecha de la verdad

El proceso del vino nos ofrece un cuadro gráfico de la manera en que Dios trae a su pueblo una comprensión nueva de su verdad. A través de la historia, Dios ha enviado grandes "cosechas" de su verdad que revelan sus caminos. Durante este tiempo, la esencia de lo que Dios está diciendo es



extraído de los hombres y ministerios por medio de los cuales viene su enseñanza.

Trás este derramamiento viene, por lo general, un período de fermentación o conmoción y controversia. La agitación en el proceso de fermentación se debe a la transformación del dulce jugo de la teoría y la visión en la realidad práctica y potente aplicada en la vida diaria. Igual que en la preparación del vino, la naturaleza de la levadura es crítica para el resultado final. Las Escrituras usan la figura de la levadura para indicar influencia: ya sea en el reino de Dios (Mat. 13:33) o en el del maligno (Mat. 16:6). Cuando hay una nueva comprensión que se aplica a la verdad bajo la influencia de hombres temerosos de Dios, con motivos justos, la calidad del vino será buena. Sin embargo, cuando la verdad es aplicada con motivos errados o actitudes impropias, los resultados son amargos, avinagrados y de mal sabor.

En la fermentación, las escrituras dentro de las que se coloca el reconocimiento renovado de la verdad, pasan por un período de ensanchamiento y cambio. Si la estructura es inflexible, termina rota o destruída. Las que son flexibles y abiertas a cambios, continúan ajustándose hasta que la fermentación se complete.

Ajustes y maduración

Como sucede con el vino nuevo, sin embargo, la verdad nueva no está totalmente lista para ser consumida una vez que la controversia y la conmoción terminen. Muchas veces la nueva comprensión de la verdad es todavía áspera, dogmática, voluntariosa y mesiánica. Igual que el vino, necesita madurar. Las impurezas requieren de tiempo para asentarse y ser eliminadas. La comprensión de la verdad puede pasar por muchas transiciones, de una vasija a otra, según sea interpretada entre un grupo y otro, por ministerios e iglesias. Según el grado de maduración, la interpretación de la verdad va perdiendo su aspereza y se vuelve más equilibrada y menos violenta.

Si entendemos el proceso de hacer vino, sabremos lo que Jesús da a entender cuando dijo: "Nadie desea vino nuevo después de beber vino añejo; porque dice: 'El añejo es mejor' ". El sabor suave y equilibrado del vino maduro quita el deseo de ingerir vino nuevo con su aspereza y acidez. El que entiende este proceso, esperará hasta que el vino esté maduro para consumirlo.

La necesidad del equilibrio

Lo que ha sucedido en años recientes entre algunos de nosotros con respecto a la autoridad es que la verdad está madurando y se está asentando. Gran parte de la fermentación y de la controversia ha pasado. Los odres se han estirado y hemos aprendido mucho de cómo aplicar lo que hemos recibido. Sin embargo, todavía quedan algunas cosas que son ásperas y de sabor tánico.

La tarea que está por delante es cernir los residuos desagradables y descubrir la sabiduría práctica y espiritual por medio del método de tanteos. Han habido ciertos principios que por necesidad se han llegado a dominar únicamente en su aplicación práctica. Para lograrlo, hemos entrado en callejones de los que hemos tenido que echar atrás, hemos edificado cosas que hemos tenido que derribar y hemos invertido en otras que nos han costado mucho. Ser un pionero es muy costoso.

Con todas estas experiencias, creo que el vino nuevo ha comenzado a madurar. Comenzamos a ver un mayor equilibrio que es saludable para nuestra aplicación de la verdad bíblica sobre la autoridad cristiana y el gobierno de la comunidad cristiana. El equilibrio que queremos lograr es el siguiente: *mobilizar el grupo hacia sus metas sin arriesgar o impedir el crecimiento individual del creyente.*

La orientación de la Iglesia ha sido por muchos años hacia el individuo. Pero recientemente, Dios ha comenzado a hablarnos con respecto al todo, el cuerpo, la comunidad. Como escribas que se han convertido en discípulos del reino de los cielos, el reto es sacar de nuestra experiencia "cosas nuevas y cosas viejas" (Mat. 13:52). Esta nueva comprensión de su verdad, equilibrada con todo lo que Dios nos ha dicho anteriormente, es la que trae paz a nuestros ministerios.

La comunidad y el individuo

Nuestro mundo lucha entre dos alternativas: colectivismo desprovisto de inteligencia e individualismo grosero. El colectivismo desprecia al individuo y su bienestar; al individualista no le importa nadie aparte de sí mismo. Pero el evangelio nos ofrece una tercera opción: membresía en el Cuerpo de Cristo. Esta membresía es un concepto particularmente cristiano. Un miembro, un órgano,

por sí solo no forma parte del todo ni tampoco está completo en sí mismo. Como los órganos de nuestro cuerpo, nuestra individualidad es lo que nos hace miembros útiles del todo. Por lo tanto, la comunidad no se beneficia a la larga, cuando ésta es preferida por encima del individuo, porque el resultado será el estancamiento y la sofocación de la motivación. Por otra parte, el sobreénfasis en el bienestar del individuo produce cristianos egoístas y finalmente desintegración.

El equilibrio al que debemos apuntar es que cada miembro individualmente funcione en su don y dentro de su ubicación, siendo la motivación suya la edificación del cuerpo y no su ganancia personal. La paradoja es que nuestra disposición de vivir para la vida del cuerpo es lo que en última instancia nos desarrolla como individuos realizados en la fuerza y los dones que Dios nos ha entregado.

Vertical y horizontal

El Nuevo Testamento nos enseña que el creyente necesita tanto la relación vertical con el Señor como la horizontal con los otros miembros del Cuerpo de Cristo. En el pasado hemos enfatizado tanto nuestra relación vertical con el Señor, que no nos hemos dado cuenta de la necesidad que tenemos de mantener una relación activa y armoniosa con otros cristianos. También está fuera de equilibrio que nos volvámos tan centrados en nuestras relaciones con otros creyentes de la comunidad que nos olvidemos de mantener la relación personal adecuada con el Señor.

Una excelente explicación del equilibrio necesario en estas relaciones es la que Rousas J. Rushdooney nos da en su obra clásica *The Institutes of Biblical Law* (Los institutos de la ley bíblica):

Con respecto a la salvación y a la providencia de Dios, *Cristo es el único mediador entre Dios y el hombre* (las itálicas son mías). Pero la gracia de Dios no sólo pasa directamente de Dios al hombre por medio de Cristo, sino también de hombre a hombre conforme van descargando sus obligaciones que Dios les ha dado. El hecho que la salvación es enteramente la obra de Dios no altera la realidad de los instrumentos de su pacto. Negarlos sería negar su condición en el orden de Dios. Los pastores, los padres, los maestros, las autoridades civiles son los instrumentos de Dios para la *mediación*

(mis itálicas) del pacto en la ejecución fiel de sus deberes dados por Dios (compare Ef. 3:2). El protestantismo ha defendido justamente la exclusividad de esa mediación, pero también ha causado daño cuando niega que haya mediación entre los hombres. Claramente, las autoridades delegadas por Dios, espirituales y civiles, que aplican fielmente la palabra y el orden de Dios, son mediadores de la justicia de Dios para con los malhechores como de su cuidado para con los suyos (Jn. 21:15-17).

Debemos de enseñar siempre, alentar y permitir que se desarrolle el ministerio sacerdotal de cada creyentes, aún en las actividades de la comunidad como en la pisa de las uvas. Si bien es propio enseñar que la comunión y la autoridad delegada de Dios son fuentes de vida espiritual, jamás debemos permitir que los creyentes pierdan de vista el origen mismo de esa fuente que es el Señor. Todas las relaciones horizontales dan vida únicamente mientras se mantenga la perspectiva de la relación vertical con el Señor.

Orden y espontaneidad

En el pasado hemos enseñado a los creyentes a actuar según eran guiados por el Espíritu. El resultado en muchos lugares era el caos. De manera que en un esfuerzo de ayudar a las personas a interpretar con mayor exactitud la dirección del Espíritu Santo y para prevenir los errores en los inmaduros espirituales, pedimos que las personas verificaran su dirección con un pastor que confirmara la palabra. El resultado en muchos casos fue un sistema burocrático que parecía sofocar la espontaneidad y el gozo de ver a Dios obrar.

Tenemos que confiar en nuestra gente lo suficiente como para permitirles que cometan errores en su identificación de la voz del Espíritu Santo. También se puede enseñar y practicar autoridad discrecional como factor equilibrante. Hay ciertas áreas en las que yo, como creyente, me siento seguro de conocer la dirección del Espíritu Santo. En otras, sin embargo, pudiera necesitar confirmación o ajustes con respecto a mi interpretación, especialmente si hay otras personas que se verían afectadas significativamente por mis acciones y si aún soy un neófito. Una cosa es profetizar: "Hijo mío, el Señor te ama. . .", y algo totalmente diferente es decir como palabra de Dios: "Es la voluntad de Dios que Sam se vaya para Alaska."

La autoridad discrecional me ofrece la libertad de aprender la manera que el Espíritu nos guía en áreas donde cometer errores no es tan dañino; a la vez que provee la ayuda necesaria en las áreas donde todavía no me muevo con confianza. Dependiendo del grado en que las vidas de las personas se vean afectadas, la espontaneidad debe estar sujeta a cierto orden.

Jesús se cuidó de lo que comunicaba y a quién lo hacía. Nunca dio demasiada verdad y hasta escondió lo que estaba haciendo de los que no lo entendían. Hasta dentro de la esfera de los doce hubo niveles de comunicación.

Equilibrio en la comunicación

No podemos decirle todo a todo el mundo todo el tiempo. Hay diferencias inevitables en la comunicación según sea los que están bajo nuestro cuidado, a otros cristianos y al mundo en general.

Debido a que no se ha hecho distinción en este aspecto, la comunicación con respecto al discipulado, la autoridad y la sujeción han causado problemas. Algunos que en realidad no tenían corazón de pastor, tomaron estos principios para construir sus propios reinitos, dominar y abusar del pueblo de Dios. Algunos pastores han aplicado mal los conceptos de la iglesia en el hogar para fortalecer y mejorar sus programas sin entender a la iglesia como familia, la paternidad en la comunidad cristiana, el compromiso y el discipulado. ¿Cuántos de nosotros hemos enseñado abiertamente desde el púlpito que las "esposas se sometían a sus maridos", sólo para que algún marido inseguro e inmaduro de la congregación tome esta verdad y la use fuera de todo contexto bíblico y de una forma no natural?

¡No podemos producir discípulos con técnicas de comunicación masiva! Los principios pueden ser presentados abiertamente, pero la aplicación de estos debe ser hecha individualmente por el *Espíritu* de verdad y del *concepto*.

Todos pertenecemos al único Cuerpo de Cristo y el Espíritu de Dios clama para que haya unidad. Sin embargo, no podemos usar eso como una excusa para comunicar indiscriminadamente lo que Dios esté haciendo en nuestras vidas cuando pudiera estar haciendo algo totalmente diferente con los demás. Con respecto a aquellos que estén fuera de nuestros propios grupos, debemos tener cuidado en el uso de modismos, palabras altisonan-

La necesidad del equilibrio

Lo que ha sucedido en años recientes entre algunos de nosotros con respecto a la autoridad es que la verdad está madurando y se está asentando. Gran parte de la fermentación y de la controversia ha pasado. Los odres se han estirado y hemos aprendido mucho de cómo aplicar lo que hemos recibido. Sin embargo, todavía quedan algunas cosas que son ásperas y de sabor tánico.

La tarea que está por delante es cernir los residuos desagradables y descubrir la sabiduría práctica y espiritual por medio del método de tanteos. Han habido ciertos principios que por necesidad se han llegado a dominar únicamente en su aplicación práctica. Para lograrlo, hemos entrado en callejones de los que hemos tenido que echar atrás, hemos edificado cosas que hemos tenido que derribar y hemos invertido en otras que nos han costado mucho. Ser un pionero es muy costoso.

Con todas estas experiencias, creo que el vino nuevo ha comenzado a madurar. Comenzamos a ver un mayor equilibrio que es saludable para nuestra aplicación de la verdad bíblica sobre la autoridad cristiana y el gobierno de la comunidad cristiana. El equilibrio que queremos lograr es el siguiente: *mobilizar el grupo hacia sus metas sin arriesgar o impedir el crecimiento individual del creyente.*

La orientación de la Iglesia ha sido por muchos años hacia el individuo. Pero recientemente, Dios ha comenzado a hablarnos con respecto al todo, el cuerpo, la comunidad. Como escribas que se han convertido en discípulos del reino de los cielos, el reto es sacar de nuestra experiencia "cosas nuevas y cosas viejas" (Mat. 13:52). Esta nueva comprensión de su verdad, equilibrada con todo lo que Dios nos ha dicho anteriormente, es la que trae paz a nuestros ministerios.

La comunidad y el individuo

Nuestro mundo lucha entre dos alternativas: colectivismo desprovisto de inteligencia e individualismo grosero. El colectivismo desprecia al individuo y su bienestar; al individualista no le importa nadie aparte de sí mismo. Pero el evangelio nos ofrece una tercera opción: membresía en el Cuerpo de Cristo. Esta membresía es un concepto particularmente cristiano. Un miembro, un órgano,

por sí solo no forma parte del todo ni tampoco está completo en sí mismo. Como los órganos de nuestro cuerpo, nuestra individualidad es lo que nos hace miembros útiles del todo. Por lo tanto, la comunidad no se beneficia a la larga, cuando ésta es preferida por encima del individuo, porque el resultado será el estancamiento y la sofocación de la motivación. Por otra parte, el sobreénfasis en el bienestar del individuo produce cristianos egoístas y finalmente desintegración.

El equilibrio al que debemos apuntar es que cada miembro individualmente funcione en su don y dentro de su ubicación, siendo la motivación suya la edificación del cuerpo y no su ganancia personal. La paradoja es que nuestra disposición de vivir para la vida del cuerpo es lo que en última instancia nos desarrolla como individuos realizados en la fuerza y los dones que Dios nos ha entregado.

Vertical y horizontal

El Nuevo Testamento nos enseña que el creyente necesita tanto la relación vertical con el Señor como la horizontal con los otros miembros del Cuerpo de Cristo. En el pasado hemos enfatizado tanto nuestra relación vertical con el Señor, que no nos hemos dado cuenta de la necesidad que tenemos de mantener una relación activa y armoniosa con otros cristianos. También está fuera de equilibrio que nos volvámos tan centrados en nuestras relaciones con otros creyentes de la comunidad que nos olvidemos de mantener la relación personal adecuada con el Señor.

Una excelente explicación del equilibrio necesario en estas relaciones es la que Rousas J. Rushdooney nos da en su obra clásica *The Institutes of Biblical Law* (Los institutos de la ley bíblica):

Con respecto a la salvación y a la providencia de Dios, *Cristo es el único mediador entre Dios y el hombre* (las itálicas son mías). Pero la gracia de Dios no sólo pasa directamente de Dios al hombre por medio de Cristo, sino también de hombre a hombre conforme van descargando sus obligaciones que Dios les ha dado. El hecho que la salvación es enteramente la obra de Dios no altera la realidad de los instrumentos de su pacto. Negarlos sería negar su condición en el orden de Dios. Los pastores, los padres, los maestros, las autoridades civiles son los instrumentos de Dios para la *mediación*

(mis *itálicas*) del pacto en la ejecución fiel de sus deberes dados por Dios (compare Ef. 3:2). El protestantismo ha defendido justamente la exclusividad de esa mediación, pero también ha causado daño cuando niega que haya mediación entre los hombres. Claramente, las autoridades delegadas por Dios, espirituales y civiles, que aplican fielmente la palabra y el orden de Dios, son mediadores de la justicia de Dios para con los malhechores como de su cuidado para con los suyos (Jn. 21:15-17).

Debemos de enseñar siempre, alentar y permitir que se desarrolle el ministerio sacerdotal de cada creyentes, aún en las actividades de la comunidad como en la pisa de las uvas. Si bien es propio enseñar que la comunión y la autoridad delegada de Dios son fuentes de vida espiritual, jamás debemos permitir que los creyentes pierdan de vista el origen mismo de esa fuente que es el Señor. Todas las relaciones horizontales dan vida únicamente mientras se mantenga la perspectiva de la relación vertical con el Señor.

Orden y espontaneidad

En el pasado hemos enseñado a los creyentes a actuar según eran guiados por el Espíritu. El resultado en muchos lugares era el caos. De manera que en un esfuerzo de ayudar a las personas a interpretar con mayor exactitud la dirección del Espíritu Santo y para prevenir los errores en los inmaduros espirituales, pedimos que las personas verificaran su dirección con un pastor que confirmara la palabra. El resultado en muchos casos fue un sistema burocrático que parecía sofocar la espontaneidad y el gozo de ver a Dios obrar.

Tenemos que confiar en nuestra gente lo suficiente como para permitirles que cometan errores en su identificación de la voz del Espíritu Santo. También se puede enseñar y practicar autoridad discrecional como factor equilibrante. Hay ciertas áreas en las que yo, como creyente, me siento seguro de conocer la dirección del Espíritu Santo. En otras, sin embargo, pudiera necesitar confirmación o ajustes con respecto a mi interpretación, especialmente si hay otras personas que se verían afectadas significativamente por mis acciones y si aún soy un neófito. Una cosa es profetizar: "Hijo mío, el Señor te ama. . .", y algo totalmente diferente es decir como palabra de Dios: "Es la voluntad de Dios que Sam se vaya para Alaska."

La autoridad discrecional me ofrece la libertad de aprender la manera que el Espíritu nos guía en áreas donde cometer errores no es tan dañino; a la vez que provee la ayuda necesaria en las áreas donde todavía no me muevo con confianza. Dependiendo del grado en que las vidas de las personas se vean afectadas, la espontaneidad debe estar sujeta a cierto orden.

Jesús se cuidó de lo que comunicaba y a quién lo hacía. Nunca dio demasiada verdad y hasta escondió lo que estaba haciendo de los que no lo entendían. Hasta dentro de la esfera de los doce hubo niveles de comunicación.

Equilibrio en la comunicación

No podemos decirle todo a todo el mundo todo el tiempo. Hay diferencias inevitables en la comunicación según sea los que están bajo nuestro cuidado, a otros cristianos y al mundo en general.

Debido a que no se ha hecho distinción en este aspecto, la comunicación con respecto al discipulado, la autoridad y la sujeción han causado problemas. Algunos que en realidad no tenían corazón de pastor, tomaron estos principios para construir sus propios reinitos, dominar y abusar del pueblo de Dios. Algunos pastores han aplicado mal los conceptos de la iglesia en el hogar para fortalecer y mejorar sus programas sin entender a la iglesia como familia, la paternidad en la comunidad cristiana, el compromiso y el discipulado. ¿Cuántos de nosotros hemos enseñado abiertamente desde el púlpito que las "esposas se sometían a sus maridos", sólo para que algún marido inseguro e inmaduro de la congregación tome esta verdad y la use fuera de todo contexto bíblico y de una forma no natural?

¡No podemos producir discípulos con técnicas de comunicación masiva! Los principios pueden ser presentados abiertamente, pero la aplicación de estos debe ser hecha individualmente por el *Espíritu* de verdad y del *concepto*.

Todos pertenecemos al único Cuerpo de Cristo y el Espíritu de Dios clama para que haya unidad. Sin embargo, no podemos usar eso como una excusa para comunicar indiscriminadamente lo que Dios esté haciendo en nuestras vidas cuando pudiera estar haciendo algo totalmente diferente con los demás. Con respecto a aquellos que estén fuera de nuestros propios grupos, debemos tener cuidado en el uso de modismos, palabras altisonan-

tes con poco significado, panaceas y verdades prácticas que no se apliquen a otros.

Equilibrio en la autoridad

Sin lugar a dudas ha habido situaciones en las que algunos líderes han intentado jugar el papel del Espíritu Santo con los creyentes bajo su cuidado, requiriendo cierto tipo de obediencia y compromiso que sólo el Señor y las Escrituras tienen derecho de demandar. La subordinación a la autoridad delegada por Dios, si bien es real y necesaria, no es la subordinación de un esclavo, ni involucra traspoco la compulsión o el temor. Si bien la subordinación de la esposa o su marido es "en todo" no puede ser absoluta en nada.

Charles Hodges en su libro sobre *Efesios* trata este equilibrio con exactitud y sucintamente: "La autoridad espiritual no significa que estamos sujetos a esa autoridad en 'algunas cosas' e 'independientes' en otras. La Biblia enseña que la *extensión* de la autoridad es sobre todo, pero que está *limitada* en todo: limitada por la naturaleza de la relación y la autoridad superior de Dios y su palabra. Mientras se preserve nuestra sumisión a Dios y nuestra obediencia al hombre como parte de nuestra obediencia a Dios, retenemos nuestra libertad y nuestra integridad."

Aunque el Señor nos ha hablado claramente con respecto a la sujeción y el honor hacia los que están en autoridad dentro de la Iglesia, también debemos reconocer que el liderazgo está limitado por la palabra de Dios:

Primero, el liderazgo cristiano no es arbitrario ni unilateral. El standard hacia los que un hombre apunta a los que están bajo su cuidado, no es el suyo propio sino el de la ley de Dios.

Segundo, la autoridad espiritual delegada en los hombres no es "soteriológica"* sino que es gubernamental. Un líder nunca puede tomar el lugar del Señor Jesús como salvador, pero sí es ungido por él para proveer supervisión, protección, dirección y corrección.

Tercero, la meta del liderazgo no es producir robots sin mente. El verdadero líder edifica a los creyentes para que alcancen la capacidad de tomar responsabilidad por ellos mismos, sus familias y unos con los otros. Debemos llevar a la gente que

dejen de depender de nuestro liderazgo para que tomen su responsabilidad personal y entren en una relación más profunda con el Señor.

Cuarto, la autoridad bíblica nunca se toma a la fuerza, sino que es concedida. Ningún líder debe tomar más autoridad en la vida de los que están a su cuidado que la que el creyente le conceda.

Quinto, ningún líder está en libertad de pedir lo que es antibíblico, bíblicamente inmoral, ilegal o que vaya en contra de los dictados de la conciencia del creyente individual.

Para llegar a un equilibrio entre la libertad de apelar y la obediencia a la autoridad, debemos de estar seguros que lo que se pretende producir es una actitud de obediencia, no respuestas mecánicas a órdenes. El deseo de obedecer al Señor en su corazón, pudiera ser la motivación en un creyente que cuestiona o apela lo que se le ha dicho. Al mismo tiempo, nuestro gran reto es ejercitar el "músculo" de la obediencia de aquellos que Dios ha puesto bajo nuestro cuidado cuando hay actitudes de voluntariedad, rebelión y obstinación. Y debemos permitir una libertad de expresión sin forzar a los líderes a dar explicaciones continuamente, y a justificarse y hacer decisiones necesarias en una atmósfera de plaza pública.

Absolutos y variables

Derek Prince ha dicho que existe la tendencia de hacer principios absolutos de los que la Biblia permite variaciones, como por ejemplo, la estructura del gobierno de la iglesia, el grado de autoridad que cada hombre desea en su vida, ciertos asuntos de conciencia de los que la Biblia *no* es específica, y ciertas aplicaciones de los dones del Espíritu. Sin embargo, debemos reconocer que hay ciertas cosas que debemos requerir si un grupo o congregación ha de mantener unidad de propósito y dirección; como por ejemplo, tener las reuniones los domingos por la tarde.

Aunque esté bien requerir ciertas cosas para el crecimiento y operación del todo, no podemos hacer un absoluto de lo que la Biblia no presente así. Jamás podremos hacer absolutos de nuestros requisitos funcionales relacionándolos con el pecado, la salvación o la madurez en una persona. Tampoco debemos permitir que estas variables afecten nuestra comunión con los otros miembros del Cuerpo de Cristo. Entiendo que hay algunas cosas que la Biblia requiere para que haya comu-

* Del griego sōtēria = salvación

nión, por ejemplo: creer en las Escrituras como la regla absoluta de la fe y de la práctica, la divinidad de Cristo, la salvación por gracia, etc. También hay ciertos principios absolutos de moralidad que tienen que ver con la comunión y el pecado dentro del cuerpo, por ejemplo: el adulterio, la homosexualidad, el hurto, etc.

El equilibrio en esta área parece que consiste en admitir que otros hermanos tienen suficiente madurez para caminar según los dictados de su conciencia en su relación con el Señor, sin sentir que nuestro andar es superior o que hemos oído la voz de Dios más que ellos.

Principios y personas

Nuestra meta pastoral es desarrollar a un pueblo que viva según los principios del Nuevo Testamento sin importarle sus sentimientos personales. La gente se ha estado revolcando en un mar de subjetivismo y ya es tiempo de entrenar a los que quieren entrar en una relación de pacto para que sean obedientes a la palabra de Dios sin importarles si en eso hay ganancia o ventaja personal. La demanda para nuestra generación es hacer que los creyentes estén más interesados en su compromiso que en su conveniencia, y que seguirán las demandas del Nuevo Testamento aunque el Espíritu Santo no les mande una invitación personal.

Nuestra meta pastoral es desarrollar a un pueblo que viva según los principios del Nuevo Testamento sin importarle sus sentimientos personales.

Para alcanzar esta meta, sin embargo, a veces unos se olvidan que el Señor se preocupa más por las personas que por los principios. Hay algo en la naturaleza nuestra que nos motiva a usar la Biblia


contra las personas en vez de *a favor* de ellas. A los hombres que han dedicado sus vidas al servicio de la verdad y que por ello han pasado tiempos difíciles, se les hace difícil no abrumar a las personas con sus principios "para su propio bien", por supuesto.

Podemos enfatizar un principio día tras día exigiendo su cumplimiento y esperando que nuestra congregación supere en seis semanas las debilidades que nosotros superamos en seis años. A veces es mejor quedarse quieto y entrar en lo que yo llamo una "virtuosa inactividad." Tenemos que aprender a esperar hasta que sepamos que estamos siguiendo la iniciativa del Espíritu Santo antes de tocar la vida de otro hombre.

Después de la muerte de Lázaro, Jesús no demostró ninguna prisa para resucitarlo; la verdad es que esperó dos días. Quería asegurarse que todos los puntos estuviesen bien claros y fue solo cuando hubo decidido todo el asunto con su Padre (Juan 11:41,42).

El líder que sigue el ejemplo de Cristo se interesará no sólo en que su congregación alcance la meta deseada, sino también en *cómo* los lleva hasta allí. Un sobreénfasis sobre principios encajona a las personas y las trata a todas por igual. Jesús enfrentó cada situación individualmente sin romper las reglas del libro. Cuando le trajeron a la mujer tomada en adulterio, la meta bíblica era hacer que la mujer dejara de pecar. Los fariseos querían matarla a pedradas; eso curaría el problema y se satisfaría el principio. Sin embargo, Jesús prefirió tratar con ella como persona y logró la misma finalidad.

Nuestro gran reto, como los que velan por las almas del pueblo de Dios, es el de mantener un standard de vida, una comunión y una conducta firme y bíblica, sin destruir en el proceso a las personas que queremos salvar.

Espero que el vino nuevo esté madurando sin transigir la calidad de la cosecha. Hay muchos sabios que han estado observando todo lo que está sucediendo para ver si la cosecha es buena o si se avinagra y tiene que ser desechada. La evidencia es abundante ahora, que muchos que han esperado para ver si los principios de autoridad que hemos sostenido encontrarían el equilibrio bíblico y la madurez suficiente, están aceptando y recibiendo estos principios con alegría. 

Tomado de New Wine, Marzo de 1981

cartas

Desde Córdoba, Argentina

Queridos hermanos de Vino Nuevo: Desde ya tenemos mucho que agradecer a Dios por las bendiciones recibidas a través de esta revista tan fresca en el Espíritu. Hemos sido grandemente bendecidos por los mensajes impresos, pues por eso alabamos al Señor por el ministerio que están llevando a cabo. Aprovecho la oportunidad para desearles las más ricas bendiciones del Señor y a la vez enviarles el cheque por la suma de 18 dólares para que me envíen 3 ejemplares a mi dirección. Vuestro en Cristo,
Héctor Culasso

Desde Venda Nova, Brasil

Queridos hermanos en Cristo:

La presente es para darles las gracias por las revistas que estoy recibiendo, es una gran bendición de nuestro Padre. Sus sanos y buenos artículos están siendo de gran utilidad para mí. Estoy muy agradecido. Hermanos, sigan adelante en este gran ministerio. Que Dios les bendiga
Reinaldo Zainotte Pitezer

Desde Santander, Colombia

Hermanos de la revista Vino Nuevo: Doy gracias a Dios por la labor que ustedes están llevando a cabo en la iglesia del Señor a través de la revista; para mi propia vida ha sido de una tremenda edificación y crecimiento en el Señor, lo mismo que para otros hermanos con los cuales he podido compartirla. Nos reunimos en un grupo junto con el pastor y nos edificamos estudiando los ar-

tículos que ella trae de tanta inspiración por el Espíritu.

Estaba deseando poder ayudarles con una ofrenda, pero solamente me fue posible ahora y lo hago con alegría sabiendo que cualquier cantidad resulta poco en comparación con la bendición que trae la revista.

Walter A. Suárez

Desde Lima, Perú

Muy amados hermanos en Cristo:

Estas líneas lleguen a ustedes para expresarles mi profunda gratitud por el envío de la buena revista Vino Nuevo, que nos trae un material de instrucción extraordinario para todos nosotros; que por razones de tiempo no podemos leer libros más amplios, pero sí la revista Vino Nuevo que resume muchos conocimientos y experiencias, asimismo consejos para los que laboramos en la

obra del Señor, la que nos demanda cada vez más, pero gracias a ustedes tenemos buena ayuda para servir mejor al pueblo del Señor.

Enrique Agüero B.

Desde Miami, Florida, EE. UU.

Amados hermanos:

Quiero decirles que la revista Vino Nuevo ha sido de mucha bendición en mi vida y siempre hago comentarios con otros hermanos de cuantas bendiciones y enseñanzas se reciben a través de Vino Nuevo.

Aquí les envío mi contribución y también para una nueva suscripción, para el pastor de la iglesia local a la cual asisto.

Dándoles las gracias desde ahora, su hermana en Cristo,
Adelaida Vizcaino



SUGERENCIAS PARA PADRES

Harley Squiggums, Director del Instituto para la Educación de Adultos dice: "Una hora en la sala con los padres hablando sobre principios cristianos es equivalente a seis años en la Escuela Dominical, en términos de su efectividad."

Sara Beecock, una socióloga, dice: "No hay mejor invención que la familia; no existe ningún super sustituto."

La familia no necesita ser reemplazada: necesita ser fortalecida. Pase más tiempo en casa y disfrute de su mayor inversión. Sus hijos necesitan desarrollar una relación saludable con usted.

Jesús enfrentó muchas crisis en su vida, pero siempre supo quién era su Padre y cuál era su relación con él.